

BOLSILIBROS

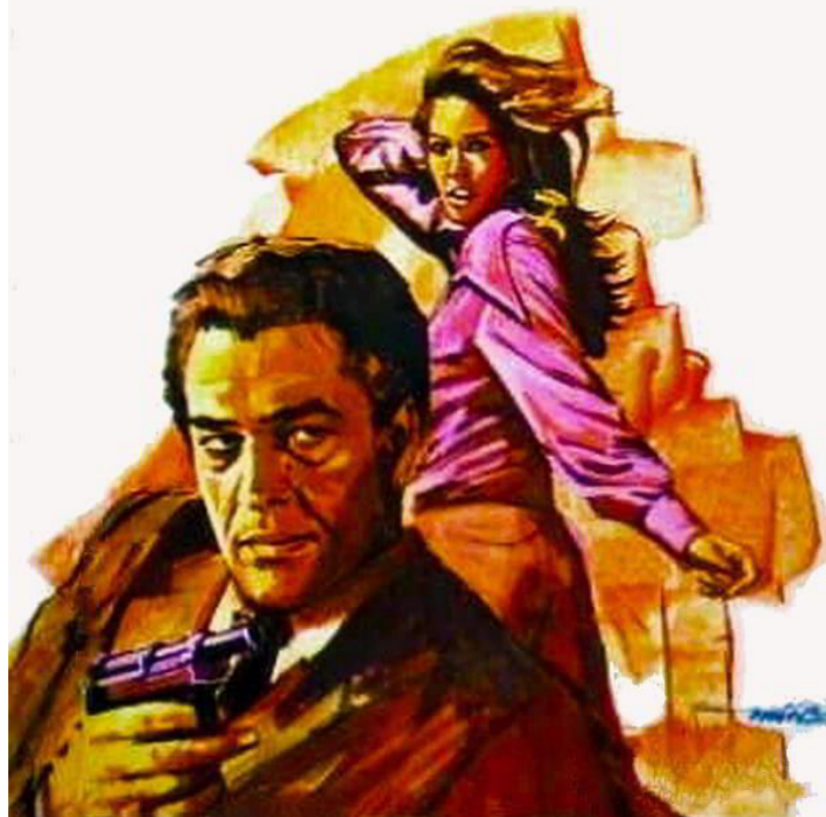


SERVICIO SECRETO

se

¡TIREN A MATAR!

KEITH LUGER



Todos se habían dado cita en aquel despacho. No faltaba nadie. Allí estaba el juez especial presidente de la Comisión del Crimen, el fiscal del distrito y el director del influyente *Guardian*, el diario de mayor tirada de la localidad. Todos alrededor de la mesa en que se sentaba Stanley Brady, capitán jefe de la Brigada de Represión del Vicio.

Cuatro pares de ojos, azules, castaños, verdes, negros, me miraban fijamente desde otras tantas caras adustas.

El silencio se había hecho tan espeso que se podía cortar con un cuchillo. Eso había ocurrido a mi entrada en la habitación y yo estaba allí, frente a ellos, a la espera de que alguien rompiese a hablar.



Keith Luger

¡Tiren a matar!

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1214

ePub r1.0

Titivillus 04-12-2019

Título original: *¡Tiren a matar!*

Keith Luger, 1973

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1



SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

Todos se habían dado cita en aquel despacho. No faltaba nadie. Allí estaba el juez especial presidente de la Comisión del Crimen, el fiscal del distrito y el director del influyente *Guardian*, el diario de mayor tirada de la localidad. Todos alrededor de la mesa en que se sentaba Stanley Brady, capitán jefe de la Brigada de Represión del Vicio.

Cuatro pares de ojos, azules, castaños, verdes, negros, me miraban fijamente desde otras tantas caras adustas.

El silencio se había hecho tan espeso que se podía cortar con un cuchillo. Eso había ocurrido a mi entrada en la habitación y yo estaba allí, frente a ellos, a la espera de que alguien rompiese a hablar.

Fue Brady quien lo hizo.

—Bien, Alan. Consiguió al fin lo que pretendía.

—¿En serio? —dije.

—Acaba de agotar nuestra paciencia.

—¿Por qué, capitán? ¿Acaso porque he librado a la comunidad de un tipo como Nick Randall?

Los cuatro pares de ojos se agrandaron.

—¡Sí, señor Stone! —rugió Williams, el fiscal—. ¡Precisamente porque ha terminado usted con Nick Randall!

—Creí que me iban a dar la enhorabuena. ¿No ha intentado usted una y otra vez acogotar a esa gentuza sin el menor resultado?

—Exacto, señor Stong. En una docena de ocasiones he tratado de meter entre rejas a esa pandilla de forajidos, pero no se me ha ocurrido la idea de eliminarlos con mis propias manos.

Me sabía de memoria lo que iba a seguir. Me lo había repetido un sin fin de veces, pero hubiese sido una grosería no escucharle.

—Esto es los Estados Unidos de América —gritó el fiscal con el tono de voz de un *speaker* de noticiario—, y cada uno de los ciudadanos que lo integran goza de unos derechos. Usted, por obligación, debe saber que el más importante de ellos es que nadie puede ser considerado culpable sin previo juicio.

—Estoy al corriente, señor Williams.

—Sus palabras suenan a cínico ex abrupto, señor Stone. Hace tres meses mató a Jack Klein metiéndole una bala en la cabeza.

—Existen más de mil ciudadanos en esta ciudad que saben lo que era Jack Klein. Un indecente *racketeer*, un nauseabundo pandillero que iba cobrando a los dueños de establecimientos una supuesta protección.

—De acuerdo, señor Stone, y para meter en vereda a esa clase de gente, el Estado tiene montada una buena organización. Existen jueces, fiscales, jurados, cárceles... ¡Y también existen la silla eléctrica o la cámara de gas!

Hubo otro silencio. Fui a sacar el paquete de cigarrillos, pero el capitán Brady hizo un movimiento negativo con la cabeza y yo lo dejé estar.

Y esta noche, aún no hace dos horas —siguió Williams—, usted ha vuelto a hacer justicia por mano y ha quitado de en medio a Nick Randall. Cuando ocurrió lo de Klein usted planteó el asunto como un caso de legítima defensa. Supongo que ahora repetirá el mismo argumento.

—Supone bien, señor Williams.

—Así pues, usted irá matando a cuantos ciudadanos le parezca, teniendo en cuenta que le ampara la más completa impunidad.

—¡Jack Klein y Nick Randall no eran ciudadanos cualquiera! Eran dos asquerosos gusanos y todos ustedes lo saben tan ciertamente como yo.

El juez Peterson echó mano a una carpeta que había sobre la mesa, junto al brazo izquierdo del capitán Brady, consultó su contenido durante unos minutos y luego dijo:

—Según consta en este informe, usted disparó sobre Jack Klein en la casa de baños de Jean Rainier. Usted lo sorprendió cobrando la supuesta prima de protección.

—Así fue. Y el propio Rainier lo testimonió, como podrá comprobar ahí mismo. Solamente maldigo la hora en que lo hizo porque una semana más tarde su establecimiento ardió por los cuatro costados con él dentro. —Recorrí con la mirada los cuatro rostros que estaban frente a mí—. ¿Qué ha pasado con eso? ¿Qué se ha hecho de su tinglado, caballeros? ¿Cuándo se va a capturar a los culpables de ese monstruoso crimen? Y si fuesen hallados, ¿qué jurado se

atrevería a condenarlos?

—Será mejor que abandone esta actitud —dijo con voz ronca Brady—. No se encuentra aquí para pedir explicaciones sino para darlas. Las sienes me latieron con violencia.

—Está bien —dije nerviosamente—. ¿Qué quieren saber?

—¿Por qué ha matado a Nick Randall? —inquirió el fiscal—. Sólo eso.

Me pasé el dorso de la mano por la mejilla y asentí con la cabeza.

—La historia es muy corta. Tuve el soplo de que Nick estaba surtiendo de morfina a unos cuantos establecimientos de la ciudad. Yo soy un agente de la Brigada de Represión del Vicio, caballeros. Consideré mi deber verificar la acusación. Me pegué a los talones de Nick durante unos días y al fin la espera dio resultado. Le di el alto cuando entraba en el Golden Park y en vez de estarse quieto echó a correr hacia el interior del local. Pasó de largo por el salón y se metió en un reservado. No me dio tiempo a ver cuál de ellos elegía. Había más de diez puertas. Nadie había visto nada. Desenfundé la pistola y con las naturales precauciones fui abriendo puerta tras puerta. Estaba en el cuarto reservado y, apenas hice girar el pomo, me soltó un pildorazo. ¿Qué querían ustedes que hiciese en tales circunstancias? ¡Era su vida o la mía!

Vaughan, el director del *Guardian*, carraspeó suavemente y dijo con cierto tono irónico:

—Usted le vació el cargador en el estómago, señor Stone. ¿No cree que con una bala tenía bastante?

—Seguro que lo era, pero no podía correr ningún riesgo y, después de haber disparado tres veces, seguí apretando el gatillo porque ya daba lo mismo.

El fiscal pegó un puñetazo en la mesa.

—¿Qué clase de sádico es usted, señor Stone?

Apreté los dientes hasta hacerlos rechinar.

—¿Se ha detenido un momento a revisar el prontuario de Nick Randall, señor Williams? —retruqué.

—¡No estamos juzgando a Nick Randall!

—¡Yo sí! —chillé excitado—. Hace cosa de un año alguien cometió una violación en la persona de una joven de dieciséis años, Anne White. La muchacha fue sorprendida en su propia casa cuando sus padres se encontraban en el cine. Las circunstancias prueban que el

autor de aquel repulsivo hecho había premeditado su plan. Anne White, tal como indicó el informe forense, se resistió luchando hasta la desesperación, pero al fin el criminal consiguió sus propósitos. ¿Qué ocurrió con aquello? ¡Yo se lo diré a ustedes! Varios testigos dieron la descripción de un hombre que coincidía a la perfección con las características de Nick Randall. Fue detenido, pero luego, cuando se celebró el juicio, ni uno solo de los testigos se ratificó en su primer testimonio. Todos habían sido trabajados convenientemente y ni siquiera la propia Anne White pudo acusar a Nick Randall porque aquella noche de horror había dejado mayor huella en su cuerpo. Quedó loca por todo el resto de sus días. — Hice una pausa, pero tenía ganas de seguir y continué—: ¡Ése es el hombre que maté hace dos horas, caballeros! Nick Randall. Traficante de drogas, chantajista y estuprador entre otras cosas. El capitán Brady sacó un pañuelo del bolsillo y se enjugó el sudor de la frente. Luego se echó hacia atrás e hizo crujir el sillón giratorio en que se sentaba.

—Ustedes tienen la palabra —dijo.

El juez, el fiscal y Vaughan se miraron fijamente y luego el primero dijo:

—Sigo pensando lo mismo, capitán Brady.

—¿Y usted, fiscal?

—Soy del parecer del señor Peterson. Este hombre es un peligro permanente para la sociedad.

—¿Usted, Vaughan?

—La actitud del *Guardián* es bien clara —respondió—. Y está avalada por varios centenares de cartas de lectores recibidas cuando ocurrió lo de Jack Klein. Todos protestaron con palabras contundentes porque usted, Stone, matase a Jack de aquella manera y ninguno de ellos estaba muy seguro de que hubiese obrado en legítima defensa.

Era algo más de lo que yo estaba dispuesto a soportar. Dirigí una fulminante mirada a aquel rostro repulsivo, de gran papada y ojos saltones.

—Contésteme a una pregunta, Vaughan.

¿Por qué enfocaron ustedes la muerte de Jack Klein como la de un virtuoso ciudadano? ¿Por qué no dijeron claramente quién era Jack Klein? Es muy posible que ustedes recibiesen muchas cartas

protestando porque un policía había liquidado a un miembro de la comunidad, pero quizá hubiesen sido escritas en otro sentido si los lectores hubieran sido puestos al corriente de la catadura moral de la víctima. ¡Jack Klein! A los catorce años cometió su primer robo. A los dieciséis era jefe de una pandilla juvenil de delincuentes en Nueva York. Atracos, asaltos, robos de coches, toda una gama estupenda de contravenciones hasta que fue cazado y enviado a un reformatorio. ¡A una de las instituciones de su tinglado, caballeros! Iba a salir de allí un Klein nuevo... ¡y claro que salió! Cuando no había cumplido los dieciocho años mató a una mujer conduciendo en estado de embriaguez...

—¡No existieron pruebas de que fuera él! —me interrumpió el fiscal, con voz tajante.

—No, no existieron pruebas. Jack presentó un par de buenos testigos dispuestos a jurar por la Biblia que su compinche había estado con ellos aquella noche jugando una partida de póquer. Y un buen abogado defensor, pagado con unos cuantos miles de dólares, se encargó de confundir al policía de tráfico que tomó el número de la matrícula. Y de esta forma Jack Klein pudo seguir su carrera. ¿Cuántas veces estuvo en este mismo despacho?

Brady hizo un gesto vago con la mano y yo proseguí:

—Recuerdo haberlo acompañado hasta aquí no menos de veinte veces, y siempre hubo un motivo por el cual debía haber salido por esa puerta con las esposas en las manos, pero no, caballeros, siempre la traspasaba con una sonrisa en los labios porque jamás existían pruebas.

Vaughan hinchó los pulmones y ladró:

—¡Y usted, en vista de ello, decidió quitarlo de en medio a su manera!

—¡Ya he dicho que lo sorprendí cuando trataba de cobrar la cuota a Rainier! Les dije a los dos que me acompañasen a la comisaría. Rainier estaba dispuesto a firmar una declaración que hubiese puesto en la picota a Klein. Entonces éste sacó la pistola. Le gané por una décima de segundo.

—Igual que a Nick Randall.

—Sí, Vaughan, igual que a Nick Randall. —Hice una pausa—. Aunque, por lo que veo, ustedes habrían preferido que cualquiera de ellos hubiese sido el más rápido.

—¿Quiere cerrar de una vez el pico? —gritó Brady, y cuando consiguió mi silencio se disculpó delante de sus visitantes—: Lo siento, caballeros.

Permanecemos un buen rato mirándonos unos a otros, escuchando nuestras respiraciones agitadas.

—Está bien —dijo el juez Peterson—. Comuníquese de una vez, capitán.

Leí la sentencia en los cuatro pares de ojos. No hubiese hecho falta que Brady se molestase en decir nada, pero por unos instantes esperé que yo me equivocase.

—Alan.

—¿Qué hay?

—Tu revólver.

—Lo dejé en el Departamento de Balística para que redacten el informe que ha de ir en el expediente de Nick Randall.

Brady meneó la cabeza en sentido afirmativo y luego dijo:

—Tu placa. Alan.

Se me hizo un nudo en la garganta que me fue muy difícil tragar.

—¿Mi qué? —pregunté, a pesar de que lo había oído perfectamente.

—¡Por todos los infiernos! ¡Tu placa, y añade a eso tu credencial!

Cogí la insignia y la tiré encima de la mesa. Poco después le siguió el carnet.

—Así que ahora no soy de la Policía —murmuré.

El fiscal tomó de nuevo la palabra.

—Sólo está suspenso de empleo y sueldo. Pero el capitán Brady ordenará inmediatamente la incoación de un expediente. Usted no volverá a recuperar ninguna de estas cosas —señaló la placa y la cartulina en la que destacaba mi foto.

—Me gustaría saber qué es lo que van a poner en ese expediente —dije.

Será sencillo, señor Stone. Usted ha matado a dos hombres. Constituye un peligro para la comunidad. Nosotros, las autoridades, no le podemos permitir que ande circulando por ahí con una pistola y con una credencial que, a su entender, constituyen para usted patente de corso.

Sentí que la sangre me hervía en las venas.

—¿Por qué no dice la verdad? La repulsiva y nauseabunda verdad. ¿Por qué no confiesa que Donald Randall le ha llamado después de

enterarse de la muerte de su hermano?

—¡No estoy dispuesto a soportar sus impertinencias, señor Stone!

—¿Qué le ha dicho ese inmundo gusano? Estoy dispuesto a apostarme los cincuenta dólares que llevo en el bolsillo a que le repito las amenazas de ese sapo panzudo.

El rostro de Williams fue cambiando de color poco a poco.

—¡Ya está bien, Alan! —gritó Brady, haciendo restallar la palma de la mano contra la mesa.

—No, Stanley. Aún no he terminado —dirigí una mirada retrospectiva a los tres prominentes hombres que había detrás del que había dejado de ser mi jefe—. Ustedes creen que con el libro de leyes en la mano o con una campaña de Prensa podrán acabar algún día con la podredumbre de esta ciudad. Han sido derrotados una y otra vez en la lucha, pero de ello no han sacado ninguna experiencia. Insisten en proseguir por los cauces legales. Están terriblemente equivocados. La carroña que integra estas pandillas sólo obedecen a las personas que les muestran el hocico de una pistola. Ellos se están riendo de ustedes desde hace algunos años y continuarán haciéndolo cada vez con más ganas.

—¡Punto final, Alan! —rugió Brady.

Al observar los rostros de Williams, Peterson y Vaughan me di cuenta de que había puesto el dedo en la llaga. Sus bocas dibujaban sendas muecas porque, allá en el fondo de sus conciencias, sabían que en mucho tiempo no tendrían oportunidad de encontrar una persona más sincera que yo. Estaban al corriente del problema con que se enfrentaba la ciudad y no tenían a mano ningún procedimiento para solucionarlo.

Pero me equivoqué si pensé que por un instante que iban a echar marcha atrás. Los tres se despidieron rápidamente y desaparecieron del despacho más rápidamente aún, dejándonos a Brady y a mí solos.

El capitán se levantó y acercóse a una ventana, apretándose las sienes con la mano. De pronto giró sobre sus talones.

—¿Qué demonio se te ha metido en el cuerpo, Alan? ¿Se puede saber? —Estaba realmente furioso.

Se habían ido los prominentes y ahora podía fumar. Saqué el paquete de cigarrillos, cogí uno y lo encendí. Después de arrojar una bocanada de humo, Brady seguía esperando mi respuesta.

Se la escupí entre dientes.

—¿Quieres también tú una explicación, Stanley? Anda, dímelo. Dime que tampoco tú crees que Jack Klein me hubiese liquidado si no aprieto antes el gatillo. Dime que estás de parte de ellos, que me debí dejar matar.

Se quedó un rato en suspenso dirigiendo las palabras que yo le había lanzado y por fin dio un manotazo en el aire y se volvió a coger las sienes.

—Es posible que tengas razón. Pero pudiste arreglártelas para darle el alto antes de que se te escapase en los reservados.

—Ésa era mi intención, pero se me escabulló. ¿O es que piensas que lo dejé escapar para luego ultimarlo?

—¡No he pensado tal cosa!

—¿Por qué no dejamos de gritar? —propuse—. Parecemos dos locos.

Volvió a su sillón y se dejó caer en él arrancándole un prolongado lamento. Tenía la camisa empapada en sudor y se tironeó del nudo de la corbata.

—Ya ves adónde has ido a parar —dijo—. Te lo advertí una y mil veces.

—Me lo advertiste.

—¿Crees que yo soy como ellos, que quiero arrojarte del Cuerpo?

—No, Stanley, sé perfectamente que tú no piensas como ellos, pero el caso es que estoy fuera.

—Sí, muchacho, estás fuera; y sin pistola y sin tus credenciales, en esta ciudad eres hombre muerto.

—Lo sé.

—Te irás de aquí inmediatamente.

—Quizá lo haga.

—Nada de evasivas, Alan. El fiscal se ha ocupado de eso. —Abrió un cajón y sacó un pequeño cartón que tiró sobre la mesa hacia donde yo estaba—. Es para el autobús de las siete de la mañana. El que va a Columbus. Lo vas a coger, Alan. ¡Sin excusas ni pretextos! En Columbus hay un buen nudo ferroviario. Lárgate al Este, al Sur, adonde quieras, pero procura que la nueva salida del sol te sorprenda a unos cuantos centenares de millas de esta ciudad y olvídate de mí y de cuantas personas has conocido.

—Creo que va a ser difícil.

—Me tiene sin cuidado lo difícil que te vaya a ser. Si yo estuviese en tu lugar trataría a mi cerebro como a una pizarra. Lo lavaría con una esponja mojada hasta que lograra borrar de él toda imagen. Hay lugares en donde puedes empezar una nueva vida. Alan.

—Estupendo.

—Cambia de nombre, empléate en cualquier sitio. Tú eres un hombre de recursos. Te ganarás la vida en donde quiera que estés. Puede que esta noche te hayan hecho un gran favor.

—Les daré las gracias.

—¿Qué porvenir tenías con nosotros? Siempre metido en líos y en peligro de que cualquier día te levantaran la tapa de los sesos. ¿Quién te dijo que te hicieras policía? ¡Santo cielo! Si es la profesión más ingrata que hay en el mundo. Escapa del avispero ahora que puedes.

Hubo un silencio mientras nos mirábamos.

—¿Nada más? —pregunté.

—Nada más. Eso es todo.

Se puso en pie y dijo:

—No te preocupes por el resultado del expediente.

Quedarás fuera del Cuerpo, pero procuraré que no se de a la publicidad. Ni siquiera te será comunicada la sentencia del Tribunal porque desconoceré tu domicilio. Todo quedará archivado.

—Muy amable por tu parte.

—Han pasado ya cinco minutos. Te queda poco tiempo, Alan.

Me tendió la mano por encima de la mesa y yo se la estreché.

—Buena suerte —me dijo.

—Supongo que debo deseártela a ti también.

Di media vuelta y salí del despacho cerrando a mis espaldas.

Chips

O'Malley

estaba sentado en un banco cerca del telefonista. Se puso en pie de un salto y fue a preguntarme algo, pero prefirió callar y ambos salimos del recinto.

Echamos a andar por la acera.

—No tuve más remedio que oírlo todo —dijo—. Disteis muchas voces.

—Sí.

—No sé qué decirte, Alan, pero lo siento.

—Gracias, muchacho.

No quería mirarlo a los ojos para evitar que nos emocionásemos demasiado. Chips y yo habíamos entrado juntos en el Cuerpo. El era sargento y yo teniente. Bueno, ahora Alan Stone no era nada.

—¿Qué vas a hacer, Alan?

—¿No oíste esa parte?

—No, ésa no.

—Me marchó en el autobús de Columbus, el que sale mañana a las siete. Un ultimátum del fiscal.

Seguimos andando en silencio.

—Marga lo va a sentir mucho —dijo—, y los niños también. Se habían acostumbrado a tus bromas.

Marga era su mujer. Habían tenido tres hijos en los tres años que llevaban de matrimonio. Uno cada año. Marga y Chips se habían enamorado desde el primer momento en que se vieron, algo que no se estila ya, y seguían queriéndose.

—¿Vendrás a casa para despedirte de ellos?

—No, Chips, no hay tiempo. Hazlo tú por mí.

—¿Escribirás?

—Sí, claro que sí.

No pensaba hacerlo, desde luego. Cuando uno corta amarras con el pasado hay que hacerlo de una forma definitiva. Así se ahorra uno muchos malos ratos.

Habíamos llegado a la esquina. Justo dos manzanas a la derecha tenía yo mi apartamento.

Chips se miró la punta de los zapatos.

—¿Puedo hacer algo por ti, Alan?

Le palmeé el brazo.

—Cuídate, muchacho, y nunca procedas como yo. Tienes cuatro bocas que alimentar.

Sonrió mientras estrechaba la mano que yo le tendía.

—Si te sirve de algo, Alan, te recordaremos siempre y cuando quieras darte una vuelta por aquí seré capaz de meterte en la cárcel si no vienes por casa.

—Hasta la vista, Chips.

Lo habíamos hecho demasiado largo. Di media vuelta y me alejé.

Había recorrido unas cinco yardas cuando oí su grito junto con el rugido de un motor.

—¡Cuidado, Alan!

Me volví en el momento en que Chips se me tiraba encima, de costado, cargándose como si yo fuese un jugador de *rugby* en posesión de la pelota. Nos vinimos abajo en el instante mismo en que tableteó una metralleta.

Golpeé la espalda contra la acera y Chips me aplastó el pecho al tiempo que lanzaba un ronquido. Luego se dobló hacia la izquierda, dejándome libre.

El ruido del motor se perdió en la distancia y de pronto una mujer empezó a dar gritos.

Me puse de rodillas y cogí a mi amigo por la solapa.

—Chips —llamé con voz temblorosa.

Se movió solamente a mi impulso. Bajé la mano y la sentí húmeda. La volví lentamente y la vi manchada de sangre. Sangre roja y caliente...

—¡Chips!

Le volví la cara y vi sus ojos entrecerrados. No, ya no podía mirarme porque estaba muerto. La ráfaga asesina lo había segado en dos mitades, por un poco más abajo del corazón.

—¡Virgen Santísima! —oí exclamar a una mujer con acento italiano. Yo seguí allí, inmóvil, de rodillas, deseando una y mil veces que fuese víctima de una pesadilla y que ésta terminase al fin.

Oí ruidos de carreras y poco después alguien se detuvo a mi lado.

—¿Cómo fue, Alan?

Era el capitán Brady, mi ex jefe, el hombre que a petición de las autoridades me iba a incoar el expediente porque había matado a dos *gángster* de pacotilla.

Me levanté poco a poco sin pronunciar palabra alguna, siempre mirando al bueno de Chips. Por mi mente empezaron a desfilar imágenes de la vieja amistad que me había unido con aquel muchacho que ahora estaba muerto.

—¿Cómo fue? —repitió Brady.

—Las balas iban dirigidas a mí. Quiso salvarme y ocupó mi lugar.

—Pobre muchacho.

Sólo dijo eso.

La gente se aglomeraba y un policía de uniforme ordenó con voz cansada que debían circular.

—Sí, pobre Chips. Hacía apenas unos minutos yo le había

aconsejado que no fuese como yo porque él tenía que alimentar cuatro bocas. Habría sido un buen consejo... si no hubiera estado presente para oírlo.

—Es terrible, Alan —dijo el capitán—. Su mujer y sus hijos. No sé cómo les voy a dar la noticia. Sera un mal trago para mí.

—Deja, lo haré yo.

—Está bien, pero recuerda que tienes que irte en el autobús de las siete.

Le miré a los ojos y no sé cuánto tiempo transcurrió hasta que me oí decir:

—Anda, Brady, prueba a echarme de esta ciudad... ¡Pruébalo tú o cualquiera de los otros! ¡No me habéis querido porque liquidé a un par de malditos pandilleros! ¡Os voy a dar una nueva oportunidad para que sigáis deseando mi marcha! Porque, entiéndelo bien, Brady... ¡No voy a descansar hasta que no de con los tipos que han matado a Chips! ¡Y entérate también de lo que voy a hacer con ellos! ¡Les voy a llenar la barriga de balas hasta agotar el cargador! ¡Y no habrá nadie que me lo impida!... Di media vuelta y me retiré de aquel lugar.

CAPÍTULO II

Fue duro y cruel, pero ya estaba hecho.

Marga lloraba sentada frente a mí, con la cara hundida entre las manos.

Ella era la única que interrumpía el silencio porque los chicos hacía ya mucho rato que estaban durmiendo.

La amargura me oprimía el pecho, pero yo sirvo muy poco para resolver situaciones como aquella. ¿Qué le podía decir? «Valor, abnegación, señora

O'Malley

. La vida a veces nos sorprende con estos duros golpes. Chips era el mejor de los chicos que he conocido».

Recuerdo una vez...

¡Al infierno con todo!

Lo que yo deseaba decirle era:

«Comprendo su dolor. Desahóguese cuanto quiera. Pero quizá le alegre saber que voy a buscar a esas víboras y las encontraré aunque se hayan escondido en el infierno. Y cuando las tenga en mis manos, señora

O'Malley

, le juro que no van a morir como su marido. No, no les voy a pegar un balazo en el corazón. Tendrán una muerte lenta, y mientras ellos se estén marchando al otro mundo yo fumaré un cigarrillo, contemplando sus rostros, y les contaré por qué mueren».

Me levanté y fui hacia la ventana. Observé la solitaria calle, iluminada solamente a trechos. En algún lugar de aquella podrida ciudad se encontraban los hombres que habían dejado sin padre a tres pequeños que ahora dormían inocentemente, que habían dejado viuda a aquella mujer buena y cariñosa.

Me apreté la frente con los puños cerrados hasta sentir un lacerante dolor en el cerebro.

Marga se fue acallando poco a poco, pero ése no sería el fin. Cuando yo me fuese se encontraría sola, desamparadamente sola, y entonces desataría el nudo que le atenazaba la garganta.

—Gracias por haber venido —me dijo en un murmullo.

Me volví hacia ella y tardé mucho tiempo en contestar.

—Soy muy torpe, Marga. Sé que no valgo un centavo para ciertas cosas y ésta es una de ellas, pero manda de mí lo que quieras.

—Eres muy bueno, Alan.

—¿Te hace falta dinero?

—No. —Hizo una pausa— Hace dos meses cobré la parte de mi herencia, cinco mil dólares. Chips..., bueno, nosotros pensábamos guardarlos para los estudios de los chicos. Ahora tendré que hacer uso de ellos. Supongo que él habría dado su autorización.

—Desde luego —asentí.

Saqué el pañuelo y limpié el sudor de mis manos. Marga y yo sabíamos que con la pensión de Chips no tendría suficiente para seguir adelante.

—Volveré a mi antiguo empleo —hablaba para ella porque era una muchacha valerosa y sabía que sus tres hijos solamente la tenían a ella.

Permanecimos un rato en silencio y encendí un cigarrillo que me supo a hojarasca.

Marga descolgó el teléfono y llamó a una tal señora Johnson, preguntándole si podría venir un rato al apartamento para cuidar a sus niños, pues ella tenía que salir. No le dijo para qué. Cuando colgó me miró a los ojos y dijo:

—Iré a verle.

—Te acompañaré.

—Te lo agradezco, Alan, pero prefiero ir sola.

—¿Estás segura?

Meneó la cabeza en sentido afirmativo y luego dijo:

—Pasaré por la rectoría y el padre Flanagan me acompañará.

El padre era un buen hombre y le serviría de mucha ayuda, algo que yo no le podía dar.

Cogí el sombrero y le di vueltas.

Marga estaba de pie cerca de la mesita y dijo:

—Era una buena idea la de marcharte y lo sigue siendo, Alan. Por mucho que hagas no podrás devolverme a Chips.

Era cierto. Por mucho que hiciese no le podría devolver nunca a su Chips, pero a pesar de ello yo tenía muchas cosas que hacer antes de decidirme a salir para Columbus, si es que alguna vez llegaba a

tomar el autobús.

—Adiós, Marga.

—Buena suerte, Alan.

Cuando me encontré en la calle eché a andar sin rumbo fijo, tratando de poner en orden mis pensamientos. Invertí muy poco en decidirme. Hice un viaje en taxi, y pasaban muy pocos minutos de las diez cuando penetraba en el bar de Pat Price, un tipo que había pasado ya los cincuenta y que hizo su dinero en la época del veinte, con la ley seca.

A aquellas horas había muy poca clientela en el establecimiento.

Tres hombres ocupaban sendas mesas y permanecían callados contemplando tristemente la vida. En una esquina de la barra había dos borrachos a los que una pintarrajeada mujer trataba de sacar por las buenas del local.

Pat estaba haciendo sus cálculos sobre las carreras del hipódromo del día siguiente y cuando me vio entrar hizo una mueca como si le hubiesen colgado de la nariz una sardina en descomposición, pero enseguida trató de disimular y dijo con una sonrisa:

—¿Qué tal, Alan? Hace tiempo que no se te ve por aquí.

Me senté en un taburete y eché el sombrero hacia atrás mientras lo miraba fijamente.

Empezó a ponerse nervioso.

—¿Qué vas a tomar, Alan? —preguntó.

Seguí mirándole a los ojos.

—Bueno —dijo—. Hace tiempo que quería invitarte. La casa paga.

¿Un *whisky*?

Escanció con mano temblorosa, y entonces inquirí:

—¿Quién hay arriba?

Estuvo a punto de tirar el vaso. —¿Arriba?— repitió.

—Eso es lo que he preguntado.

—Nadie. Te doy mi palabra de honor. Sólo está el dormitorio y el pequeño almacén. No hay nadie.

Cogí el vaso de *whisky* y bebí un trago. Miré el líquido un rato y de pronto lo arrojé a la cara del ex contrabandista.

Abrió la boca como si se estuviese ahogando y me miró con los ojos parpadeantes.

Los borrachos iban camino de la puerta y la mujer, en medio de los dos, los sostenía de un brazo. Los de las mesas continuaban

contemplando la vida.

—Quizá eso te ayude a refrescar la memoria —dije con voz desprovista de emoción—. Y métete esto en la cabeza, Pat, ni tú ni cien de la misma calaña me podríais engañar. Sé que se juega en el piso de arriba. Te allanamos el local hace cosa de un año y pagaste una fuerte multa. Tu abogado trabajó bien el asunto para que sólo quedase en eso. Al cabo de tres o cuatro semanas de haber acabado aquello, ya tenías otra vez el garito en marcha.

—¡No, Alan!

—¡Sí, Pat! Los de tu clase no os resignáis fácilmente a perder un negocio tan productivo. Yo supe que volvías a las andadas el mismo día de la reapertura. Te preguntarás por qué entonces te he dejado las manos libres, y yo te lo voy a decir. Conozco a la mayor parte de tus clientes, y se me ocurrió pensar que si alguna vez me veía en un atolladero y no encontraba a alguien que me interesaba, tu covacha sería un sitio estupendo para dar con su pista.

Le di tiempo a que digiriese mis palabras y luego añadí:

—Ese momento ha llegado, Pat.

Se secó lentamente el rostro con el paño y preguntó:

—¿A quién?

—No lo sé todavía. Por eso tengo que echar un vistazo —miré al techo para que no tuviese dudas al lugar a que me refería.

—¿Qué va a ocurrir, Alan? —Puso una cara compungida—. Te aseguro que se juega honradamente.

Si no hubiese ido allí por la muerte de Chips, le hubiera abofeteado la cara. Jamás en su vida había puesto sus manos en algo honrado, pero ahora no me interesaba lo del juego, sino algo más importante.

—No ocurrirá nada —le contesté—. Mi visita es completamente particular. No tienes que temer del Departamento.

Sus ojos adquirieron un nuevo brillo.

—¿Estás seguro?

—Yo te lo digo y basta.

Meneó la cabeza repetidamente y se mojó los labios con la lengua.

—Está bien, Alan. Siempre he dicho que tú eras una buena persona. Me hizo una señal y salió del mostrador. Yo le seguí hacia el fondo y abrió una puerta. Me precedió por la empinada escalera y, llegados ante otra puerta, llamó con los nudillos haciendo una señal convenida.

Esperamos poco tiempo. Nos abrió un tipo de pómulos salientes al que yo había detenido cierta vez por intento de robo. Se llamaba Bill Harris.

Apenas me puso los ojos encima, su bigote se estremeció.

—No pasa nada, Bill —dijo Pat—. El señor Stone viene aquí esta noche como amigo.

Harris me siguió mirando no muy convencido por la explicación.

—Está buscando a alguien —siguió diciendo Pat—. Ayúdale en lo que puedas.

El atracador me indicó con la mano que podía pasar y Pat se despidió.

—Tengo que estar abajo aún. Voy a cerrar de un momento a otro.

—Y prosiguió como si yo no lo supiera—. Existe un escape por la parte de atrás. Utilízalo cuando te marches.

Es más discreto.

Emití un gruñido de conformidad y Pat empezó a descender la escalera.

Harris pasó el cerrojo y luego dijo:

—Hay poca gente aquí esta noche. ¿Quién es su hombre?

—Sam Does.

—Está jugando una partida de póquer.

—¿Desde cuándo?

—Empezaron esta mañana a las once y aún no han terminado.

—Encontraron buenos puntos, ¿eh? Está bien, llévame allá.

—Dijeron que no se les molestase. Quizá si vuelve usted un poco más tarde...

—Lo veré ahora, y ya puedes darle a las piernas.

Vaciló todavía unos instantes, pero debió de leer algo en mis ojos y terminó por ponerse en movimiento.

El piso había sido transformado desde el allanamiento. Entonces contaba, como había dicho Pat, con un dormitorio y un almacén, y éste era utilizado para jugar. Pat lo había echado todo abajo, dividiendo el piso en apartamentos.

Harris llamó en el tercero que había a lo largo del pasillo y una vez gritó fuerte:

—¡Estamos bien, Bill! ¡No queremos nada!

Era mi amigo Sam.

Harris me miró disculpándose.

—Insiste —le ordené.

Volvió a llamar.

Se oyó el ruido de una silla y unos pasos se acercaron. Dieron la vuelta a una llave desde dentro y la puerta se abrió.

—¡Qué infiernos...! —empezó a decir Sam Does, y se quedó boquiabierto al verme.

Yo me colé rápidamente dentro y cerré, no permitiendo que Bill entrase.

Sam retrocedió un paso y puso las manos por delante como si pretendiese establecer un muro entre los dos.

—No tiene derecho a hacer esto, Stone —gritó—. Sólo estábamos pasando el rato.

Miré hacia la mesa que había un poco más allá. Alrededor de ella había tres hombres, y los tres estaban inmóviles, con la cara vuelta hacia mí. Sólo conocía a uno de ellos. Era griego. Su nombre tenía una rara pronunciación y se me había olvidado. Sam y él jugaban a medias. Los otros dos eran los estúpidos de turno. Sobre el tapete se amontonaban los dólares que les estaban ordeñando. Sus rostros tenían un color pálido. Sam y el griego sabían trabajar bien y no los habrían soltado hasta dejarles sin un centavo.

—¡Lárguense! —dije.

Los dos palurdos me miraron con las cejas enarcadas y uno de ellos fue a abrir la boca, pero Sam dijo:

—Es de la policía.

Parecieron convertirse nuevamente en estatuas.

—¡Lárguense, pero cojan su dinero! —repetí.

Sam dio un paso hacia mí para protestar y yo le descargué el talón sobre su pie con todas mis fuerzas. Dio un aullido y se arrugó.

Miré de nuevo a los puntos y uno de ellos dijo:

—¿Quiere decir que nos estaban haciendo trampas, agente?

—Ustedes merecían salir de aquí en paños menores para que les sirviese de lección, pero tienen demasiada suerte. ¡Vamos! ¡Recojan su pasta y márchense de una vez!

Ahora se movieron rápidamente, como actores de un celuloide rancio.

Había un par de miles en billetes y solamente dejaron un centenar, que debía de ser el dinero que Sam y el griego habían invertido en el negocio.

Se marcharon y la puerta se cerró tras ellos.

Sam había dejado de lamentarse, pero me miraba con ojos cargados de odio. El griego permanecía sentado pasivamente.

—¡No nos puede detener! —chilló Sam—. Tenía que haberlos pescado también a ellos. ¿Qué clase de pruebas va a presentar?

Me froté la barbilla con el dorso de la mano, luego me acerqué a una silla y me dejé caer en ella. Quise estar cerca del griego porque me parecía el más peligroso.

—¿Es que no lo sabes, Sam?

—Sí, ya sé que el juego está prohibido en esta asquerosa ciudad, ¿pero quién hace caso de eso? Todo el mundo juega, ¿no? Me han dicho que hasta el juez Peterson tiene su partida.

—No me refiero al juego.

—¿A qué entonces?

Parecía que decía la verdad. Era muy posible que hubiese estado jugando desde aquella mañana.

—Mataron a

O'Malley

—dije.

Hubo un silencio.

Sam arqueóse con el ceño fruncido.

—¿Se refiere al sargento?

—Sí. Le dispararon desde un «Ford» sedán negro. Desde luego fue cosa de profesionales. Con una bala hubiese tenido bastante, pero le enviaron una ráfaga —hice una pausa—. Todo el plomo iba destinado a mí.

Sam siguió mirándome un rato sin decir nada y por fin exclamó:

—¡Es la primera noticia que tengo! No he pisado la calle hoy. ¿Verdad, Geo?

Sam había reducido el nombre del griego dejándolo en un diminutivo.

Geo me observó con ojos cansados y sacudió la cabeza, ratificando la declaración de su socio.

—No te sirve —le dije a Sam.

—¿Es que sospecha de mí?

—Supongamos que es así.

—¡Usted está loco, teniente! Yo soy un jugador, no un asesino. Me puedo ganar la vida con mis manos. Son hábiles. Geo dice que no

hay otras como las mías en todo el país. El sargento

O'Malley

nunca me hizo nada.

—Es posible que tú no fueses, Sam, pero me vas a decir quién lo hizo.

—¿Yo?

—Sí, tú.

—Pero... no sé una palabra de ese asunto, teniente.

—Si tú quieres me puedes dar el nombre del asesino antes de una hora. Estás bien relacionado. Puede que no tengas necesidad de salir de esta habitación. Te bastará con telefonear.

—Son suposiciones tuyas, teniente.

—Sé lo que digo, Sam, y lo vas a hacer por las buenas o por las malas.

—No me puede obligar.

—¿Quién dice que no? —Tengo mis derechos.

Resultaba paradójico que una rata como aquélla hablase de derechos. Sólo un año y medio antes, un honrado padre de familia se había pegado un tiro después que Sam le limpió en una partida de póquer. Naturalmente había sido suicidio y Sam quedó al margen de todo, porque ni siquiera se pudo probar que le había ganado a la víctima mil doscientos dólares.

El griego se echó hacia atrás en la silla y sus manos resbalaron por la mesa hasta quedar sobre el borde. Hablé con voz opaca, como si toda aquella conversación me aburriese.

—Anda, Sam, pórtate como un buen chico.

—Tendría que estar yo loco para hacerle un favor al Departamento.

—No se lo haces al departamento, sino a un simple ciudadano llamado Alan Stone.

Sam me observó con las cejas enarcadas.

—¿Qué quiere decir, teniente?

—Qué ya no ostento ningún cargo en esta ciudad.

Se quedó con los labios entreabiertos, unidas las espesas cejas en un gesto de perplejidad.

—¿Qué clase de nueva treta es ésa, teniente? Ha visto demasiadas películas. El protagonista abandona provisionalmente su identidad de polizone para infiltrarse en la banda que pretende cazar. ¿Cree de veras que eso le va a rendir dividendos? Ni un chiquillo se lo

creería.

Señalé con la mano el teléfono que había en un rincón, sobre un tablero adosado al ángulo de la pared.

—¿Por qué no lo compruebas, Sam? Tú tienes amigos influyentes que te lo podrán decir enseguida.

El tahúr se rascó con el dedo índice una patilla y finalmente decidióse por el micro.

Marcó un número y cuando establecieron la comunicación dijo:

—Oye, muchacho. ¿Qué hay acerca del teniente Stone?

Se mantuvo un rato callado escuchando y poco a poco su rostro cambió de expresión. Por último dio las gracias y colgó. Al volverse hacia mí parecía otro. Se echó a reír suavemente.

—De modo que es cierto. Le dieron la patada, ¿eh? Ha dejado de pertenecer a la bofia.

—Ya te lo dije.

—Y careciendo de toda autoridad, usted ha penetrado aquí para arruinarnos nuestro negocio...

—Celebro que lo hayas comprendido todo tan bien.

Sam agrandó los ojos y respiró agitadamente, rabioso.

—¡Maldito bastardo!... ¡Lo vamos a hacer pedazos!

Se lanzó sobre mí, pero yo ya estaba preparado y lo recibí con un patadón en el bajo vientre. Mientras se desplomaba aullando, giré con rapidez a tiempo de sujetar la mano de Geo, el cual ya apretaba la pistola. Di un salto poniéndome en pie y le llevé el brazo a la espalda, subiéndoselo lentamente.

—¡Fuera el arma, gusano! —le ordené, pero él seguía haciendo esfuerzos por librarse de mi presa.

Era un tipo de mucho músculo y sabía hacer el uso adecuado de ellos. Se le había metido entre ceja y ceja pegarme un tiro y apretó con fuerza la culata. Pulgada a pulgada su muñeca fue bajando a pesar de todo lo que yo hacía por evitarlo.

Sam seguía aullando en el suelo, dando vueltas de un lado a otro.

Un sudor frío comenzó a perlar mi rostro. Me di cuenta de que si Geo lograba bajar tres o cuatro pulgadas más su mano, no tendría más que apretar el gatillo para enviarme al otro mundo.

CAPÍTULO III

Hice lo que me convenía. Sumé mis energías a las suyas y le ayudé a bajar el brazo.

Lo pillé de sorpresa. Con una décima de segundo de diferencia respecto al anterior movimiento, llevé otra vez su muñeca a la espalda y fue tal la presión que hice que su hueso crujiera. Geo soltó un grito y dejó caer el arma al suelo, al tiempo que lanzaba las peores maldiciones que he podido escuchar en mi vida. Como soy una persona educada le cerré la boca de un puñetazo arrojándolo sobre una silla.

Me agaché, cogí la pistola y la guardé en mi bolsillo. Para ese entonces, Sam se había recuperado y, sin que yo lo pudiese evitar, me alcanzó con el puño en el estómago. Fue un buen golpe. Me doblé boqueando para tragar aire mientras extendía la mano para evitar su gancho de izquierda. Lo conseguí plenamente y le repliqué con mi derecha. Su nariz estalló en sangre, y, después de golpear con la espalda la pared, se vino abajo emitiendo el ronquido de un cerdo al que hubiesen degollado.

Geo vino hacia mí trastabillando y le presenté mis respetos con un terrible puñetazo al hígado. Se dobló hacia un lado y cayó de bruce sobre el suelo quedando completamente inmóvil.

Sam se incorporaba trabajosamente escupiendo sangre por la boca. Me acerqué a él y le cogí por el cuello de la camisa.

—¿Qué dices ahora? —murmuré.

—¡Que lo mataré, Stone! De eso puede estar seguro.

Le golpeé la cara dos veces.

—Intenta otra respuesta, Sam.

Se dio cuenta de que estaba decidido a convertirlo en pulpa y agrandó los ojos.

—Aunque lo quisiera, no podría servirle de ayuda, Stone —dijo.

Le golpeé la nuca contra la pared y cuando intentó echarse al suelo para simular un desvanecimiento le abofeteé una y otra vez.

—¡Basta! —gritó.

—Terminaré contigo en cuanto me digas quiénes son los fulanos

que asesinaron a
O'Malley

—Juro que no lo sé. Solamente lo puedo poner en el camino para dar con ellos.

—Eso está mejor.

—Vaya a ver a Patrick Chesa, el gerente del hotel Claryon. Quizá él sepa algo.

Le pegué un último empujón dejándole libre. Sam apoyó las palmas de las manos en la pared y logró mantener el equilibrio.

—De acuerdo, muchacho —le dije—. Veré a Chesa. Ya sé que él da cabida en su establecimiento a cualquier persona que le pueda enseñar unos cuantos billetes. No me resulta mala tu idea.

Geo articuló unas cuantas maldiciones de propina, pero me sentí confortado al pensar que durante cincuenta días como mínimo tendría que llevar una buena escayola. También había hecho un buen trabajo en la cara de Sam. Los cartílagos de su nariz habían sufrido un poco al ser aplastados por mi puño. Ambos tenían motivos para referirse de mala manera a mis antepasados, pero ello me tenía sin cuidado. En realidad eran un par de cobardes, de esos que no se atreven a dar la cara después de haber sostenido una pelea a muerte con alguien que les haya hecho frente.

Me acerqué a la puerta y me volví para contemplarlos. Geo estaba sentado en el suelo cogiéndose el brazo lesionado y haciendo pucheros. Habían tenido un mal día. Quizá el peor de la temporada. Los primos de turno habían volado y tardarían algún tiempo en encontrar otros.

—Más suerte para otra vez —les dije.

Se pusieron los dos al propio tiempo a soltar imprecaciones. Yo chasquéé la lengua y cerré de golpe la puerta desde el corredor.

Bill Harris se quedó asombrado al verme aparecer. Indudablemente debía haber estado escuchando los efectos especiales procedentes del reservado, y por su gesto de decepción imaginé que había esperado me sacasen hecho pedazos en una carretilla.

Me detuve ante él y le dije:

—Si yo estuviera en tu lugar llamaría a un médico. Tus amigos lo necesitan urgentemente.

Se quedó inmóvil, sin contestar nada, y no esperé a que hiciese la

llamada, sino que di media vuelta y me dirigí hacia la salida trasera de la casa, tal como Pat me había aconsejado que hiciese.

Llegué sin dificultad al exterior, un callejón oscuro, y poco después me alejaba de aquel lugar.

Conocía bien al tipo que iba a ver. Patrick Chesa era carirredondo, de frente despejada y ojos grises bajo los que gravitaban unas repulsivas bolsas. Había tomado el negocio del hotel en traspaso, dos años atrás, cuando llegó a la ciudad, y nunca me pareció un sujeto simpático. Me daba la impresión de que era como uno de esos reptiles que nos encontramos en el campo y que se esconden en cuanto descubren nuestra intención de atacarlos. Era habilidoso y nunca me había dado oportunidad de cogerle en algo que fuese delictivo. Un fulano que se las sabía todas. Pero yo no iba a su encuentro ahora para detener a un vulgar ladrón o a un supuesto tratante de blancas. La muerte de Chips

O'Malley

significaba mucho más para mí. Estaba lanzado y para detenerme sería necesaria otra ráfaga de metralleta como la que había quitado la vida a Chips.

Entré al Claryon y me acerqué a Luke, el jefe de botones, que estaba cerca del *comptoir*.

La noticia de mi destitución debía de haber empezado a correr por la ciudad, porque Luke me recibió con una mirada insolente.

—¿Cómo va eso, señor Stone?

—Ya lo ves. Quiero ver a Chesa.

Se columpió sobre la punta de sus pies y sentí deseos de pegarle en la boca.

—¿Dice que quiere ver al señor Chesa? —repitió.

Sacudí la cabeza, haciendo una mueca.

—Oíste bien, mequetrefe.

Sus mejillas se colorearon como las de una damisela a la que acabase de pedir su primer baile. Se percató de que estaba en peligro de recibir y humedecióse los labios con la lengua.

—Salió hace un momento, pero dijo que no tardaría en volver. ¿Puedo hacer algo por usted, señor Stone?

Me dan asco los tipos que se convierten en jalea en cuanto se les enseña los dientes.

—Sí, puedes hacerme un favor. ¡Vete al infierno!

No esperé su reacción y me dirigí hacia el bar para matar el tiempo. Pedí un *whisky* al del mostrador y prendí fuego a un cigarrillo. Después de la pelea con los dos tahúres tenía la garganta reseca y bebí un buen trago. Iba a dejar el vaso sobre el mostrador cuando se me ocurrió echar una mirada al espejo adosado a lo largo de la pared.

Mis ojos se detuvieron en el rostro de una mujer. Ella también me estaba mirando. Por su actitud inmóvil deduje que yo era el objeto de su atención desde hacía mucho rato.

Estaba otra vez allí, aunque de momento me pareció increíble. Pensé que mis sentidos me engañaban, que solamente se trataba de un parecido, pero entonces ella sonrió suavemente y ya no tuve ninguna duda.

Era Crystal Lavery. Estaba al otro extremo de la barra con el vaso apoyado sobre el borde. Descendí lentamente del taburete y me puse a andar. Nos seguimos mirando y ella ladeó ligeramente la cabeza conforme yo daba la vuelta al semicírculo.

Llegué a su lado.

Seguía siendo la mujer más hermosa que me había sido posible conocer. Su cabello era negro, con brillantes reflejos que parecían hendirlo profundamente, y el óvalo de su rostro era perfecto y en él destacaban unos ojos azabache cubiertos de sedosas pestañas, su nariz sensitiva y unos labios carnosos, rojos, frescos...

Aquellos labios se movieron.

—¿Cómo te ha ido, Alan?

Se cubría con un ceñido jersey y noté que sus hombros y sus senos se estremecían.

—No me puedo quejar —contesté—. ¿Y a ti?

Sobrevino otra pausa.

—Mejor bien que mal —respondió en un susurro.

—Lo celebro.

Tuve la impresión de que ambos sabíamos que hablábamos artificiosamente, pero yo seguí adelante con el rito.

—¿Tomas algo, Crys?

—Un cuba libre.

El barman cuidaba su negocio como una gallina sus polluelos y ya estaba allí esperando el pedido. Fueron dos cubas libres. Mientras traían los vasos la miré de nuevo y por unos instantes me pareció

ver en sus hermosos ojos una sombra de tristeza. Ello me produjo un ramalazo de satisfacción, algo así como si ahora empezase a cobrar los dividendos en una lucha que perdí una eternidad antes.

—¿Por mucho tiempo en la ciudad, Crys? —le pregunté.

—No lo sé todavía. —Se miró la punta de los zapatos y añadió—: Sólo he venido contratada por dos semanas. Luego quizá me vaya a descansar a Miami.

—Eso me recuerda que tengo que darte la enhorabuena. He seguido en los periódicos tu brillante carrera.

Al instante me arrepentí de haber pronunciado aquellas palabras. Ella se estremeció nuevamente como si la hubiese azotado con un látigo, pero trató de disimular y me sonrió.

—Eres muy amable, Alan —cogió su vaso y yo el mío.

Los hicimos entrechocar y dije:

—Por ti, Crys.

—Por nosotros —repuso ella.

El corazón me empezó a golpear más deprisa. Aquella escena era como una imagen de un filme que ya hubiese visto antes. Sí, aquella mujer y yo habíamos brindado otras muchas veces. Y de pronto me di cuenta de que habían transcurrido cinco años desde que nos dijimos adiós.

—¿Tienes un cigarrillo? —me pidió.

Le di el cigarrillo y le ofrecí la llama para que lo prendiese. Luego de arrojar un chorro de humo, dijo sin mirarme:

—He oído que mataron a un policía y que tú estás en apuros, Alan.

—Es cierto —asentí.

—¿También es verdad que te echaron?

—Sí. Soy un peligro para la población. Aprieto el gatillo demasiado rápido. Dicen que soy un asesino.

—Sé que están equivocados y que eso es una infamia.

La observé con el ceño fruncido. Había puesto mucha emoción en su voz.

—Tú no sabes nada, Crys.

—Estoy segura de conocerte mejor que ellos.

Dejamos correr un minuto.

—¿Qué vas a hacer ahora, Alan?

—No tengo problema. He aceptado la invitación del Estado para abandonar la ciudad.

Es una suerte que pueda viajar gratis. ¿Crees que voy a desaprovechar esta oportunidad?

—¿Para cuándo es ese billete?

—Para mañana a las siete, en el primer autobús.

—¿Y mientras tanto? Faltan muchas horas para las siete.

—Oh, un hombre tiene que despedirse de sus amigos.

—No creo que te lleven tanto tiempo tus despedidas.

Sonreí al vacío. Tenía razón. Nadie iba a sentir mi marcha. De nadie tenía que despedirme. Me tocó el brazo y sentí una descarga en la médula.

—¿Qué hay, Crys? —inquirí.

—¿Te puedo pedir un favor?

—Si está en mi mano...

—Lo está.

—Bien. Adelante.

Cogió el bolso, metió la mano dentro y cuando la sacó y abrió la palma mostró en ella una llave.

—Cógela —dijo.

—¿Qué puerta abre?

—La mía.

Me quedé inmóvil un rato.

—Es tarde para eso, pequeña —murmuré.

Su rostro se encendió y palpitaron otra vez sus senos.

—No es lo que tú crees, Alan.

Sabía perfectamente lo que ella quería decir, pero no me di por aludido.

Ella explicó:

—Me alojo en este hotel, apartamento ochenta y dos. Ve allí y enciérrate por dentro.

—¿Por qué he de hacer eso, Crys?

—No hablemos inútilmente, Alan. Ninguno de los dos ignoramos el motivo. Han intentado matarte una vez y fallaron por poco. La próxima se asegurarán más.

—Quizá lo consigan.

—Puedes evitarlo. Tienes una pistola, ¿verdad?

—Me quitaron la mía, pero poseo otra.

—No puedes ir por ahí con un arma. —Me cogió la mano, puso en ella la llave y me cerró los dedos. Sentía la tibieza de su carne

pegada a la mía—. Te lo ruego, Alan, Sólo serán unas horas. Luego te marcharás.

Me libré de su mano y le di la llave.

—No niego que es un buen consejo, pequeña, pero no me voy a esconder como una rata.

Se mordió el labio inferior.

—Tú y tu maldito orgullo, ¿verdad?

—Creo que ahora es algo más que eso, Crys.

Estaba excitada, cada vez más excitada.

—Te crees un superhombre, Alan. Siempre lo has creído. Piensas que los vas a vencer, que nadie se puede cruzar en tu camino. Creí que los años te habrían hecho cambiar, pero me he equivocado. Continúas siendo el mismo. A tu entender eres un policía perfecto, el fiel guardián de la ley...

Por un instante sus palabras se atropellaron en su boca y al fin pudo darles salida.

—Somos seres humanos, Alan, no máquinas. Te llevó demasiado lejos tu afán de diferenciarte de los demás y ahora estás a punto de pagarlo.

—En tal caso, no será más que una justa compensación, Crys.

—Alan, aún estás a tiempo de impedirlo.

Quedamos en silencio, mirándonos, y una pregunta rompió el cordón umbilical que la retenía en mi cerebro y la dejé escapar por mi boca:

—¿Por qué has venido realmente, Crys?

Sus ojos brillaron un momento enfebrecidos.

—Ya te lo he dicho antes. Tengo un contrato con Donald Randall.

—¿Donald Randall? —repetí.

Tuve la impresión de que me daban un zarpazo en las entrañas.

—Sí, Alan. ¿Hay algo de malo en ello?

—No, no hay nada de malo en que una vocalista se contrate con la persona que mejor le pague y actúe donde le venga en gana —hice una pausa—. Te deseo mucha suerte en tu nuevo empleo.

Saqué bruscamente unos cuantos billetes del bolsillo y los tiré sobre el mostrador.

Luego di media vuelta y me separé de ella.

Estaba rabioso, y cuando me crucé con Luke éste se asustó de nuevo.

—Hace un momento entró en su despacho, señor Stone. No me atreví a interrumpir su conversación con la señorita Lavery.

Me dirigí al despacho de la dirección. Abrí sin llamar, me colé dentro y cerré a mis espaldas.

Patrick Chesa estaba sentado tras una mesa y dio un salto enderezándose.

—No oí su llamada, señor Stone.

—Oyó bien. No la hice.

Las bolsas de sus ojos adquirieron un tono cárdeno al hincharse las venillas que las surcaban.

—Me han dicho que usted ya no es nadie en la ciudad, señor Stone —dijo con satisfacción.

—Debo felicitarle nuevamente por su buen oído.

—En tal caso ya puede salir de aquí.

—Puedo. Pero no voy a salir.

Me miró un rato y de pronto giró bruscamente y se dirigió hacia el teléfono mientras decía:

—En tal caso tendré que enfrentarlo con la policía, sus ex colegas.

Le dejé tocar el micro, y entonces dije:

—Ya está bien, Chesa. Deje eso como está o le parto la espina dorsal de un balazo.

Había fiereza en mi voz y volvió la cabeza rápidamente. Parpadeó al verme el arma en la mano.

—¿Es que se ha vuelto loco, Stone?

—Sí, Chesa, me he vuelto loco. ¿Sabe por qué? Porque liquidaron a un muchacho al que quería como a un hermano, a un hombre que tenía esposa y tres hijos, a Chips

O'Malley

—Pero... no comprendo qué quiere de mí.

—He decidido encontrar a los tipos que mataron a Chips, aunque tenga que volver la ciudad del revés.

Su frente empezó a transpirar sudor.

—Una actitud muy loable, señor Stone —dijo cautelosamente.

—Celebro que le guste porque va a cooperar conmigo.

—¿Yo?

—Sí, usted.

—Pero yo no sé nada..., no creerá que yo...

—No, Chesa, ya sé que usted no lo hizo. No es de esa clase de tipos.
—Empezó a sonreír y yo dejé que se refocilase. Luego añadí—: Pero usted sería capaz de dar cobijo a los que hicieron el trabajo.

Sus bolsas se estaban poniendo negras.

—¡Yo no alojo criminales! —protestó—. Mi negocio es tan honrado como lo pueda ser cualquier otro de la ciudad.

Sentí ganas de soltar una carcajada, pero no lo hice.

—Un negocio honrado como el de Donald Randall, o el de Bill Degarmo, o el de Joseph Catham. ¿No es verdad, señor Chesa?

—No tengo nada que ver con esos hombres que ha nombrado.

—¿Por quién me toma, Chesa? Yo huelo a un asesino, a un traficante de drogas o a cualquier otro asqueroso contraventor de la ley a una milla de distancia, y usted apesta, Chesa.

—Jamás he tenido que ver con la policía desde que estoy en la ciudad.

—Eso es cierto. Anduvo listo para no caer en nuestras manos, pero no nos faltaron soplos, Chesa. En su hotel se han citado prohombres y mujercuelas con más continuidad que en cualquier otro. Es un buen servicio. Todo muy reservado. El cliente no debe preocuparse por nada. El señor Chesa se hace cargo de las debilidades humanas..., si se le paga con buenos billetes.

—No puede probar nada de lo que dice.

—Naturalmente que no, ni me he preocupado por ello. Pensé que mi actividad en esta ciudad debía servir para algo más que avergonzar a un pez gordo. —Hice una pausa—. Pero dejemos el asunto. Estábamos hablando de los hombres que mataron a Chips

O'Malley

. ¿Dónde están?

—Ya le he dicho que no sé nada.

—Haga un esfuerzo, Chesa —dije levantando unas pulgadas la pistola.

Miró el arma como si fluyese de ella un poder hipnótico.

—No se atreverá a disparar, Stone.

—¿Está dispuesto a correr el riesgo?

Clavó sus ojos en los míos y su carne fofa se estremeció.

—No —dijo al fin—. Le informaré, señor Stone.

Sonreí enseñando los dientes.

—Da gusto hablar con personas comprensivas como usted, Chesa.

Sacó un pañuelo y se enjugó el sudor del rostro. Habló balbuciente:

—Vinieron aquí unos días antes.

—¿Quiénes?

—Dos hombres. Se inscribieron con los nombres de Carl Budington y Floyd Kingsley. No hicieron nada durante cuarenta y ocho horas. Sólo dormir, comer y salir a dar una vuelta por la población. Esta tarde, un par de horas antes de que ocurriese lo de

O'Malley

, cancelaron su cuenta y se marcharon.

Fruncí el ceño.

—¿Y no han vuelto?

—No.

—¿Cómo sabe entonces que han sido ellos?

—Usted me ha preguntado por los sospechosos, ¿no?

—Sí, pero debe existir alguna otra razón para que crea que han sido ellos.

Se echó a temblar de nuevo.

—Ninguna.

—Escuche, Chesa. Hace unas horas cacé a un par de amigos suyos, Sam Does y un griego llamado Geo. Les pedí su colaboración y me la negaron. Hicieron un mal negocio. Sam terminó por contar lo que yo quería y a estas horas un médico les presta sus servicios. Le quedará la cara más fea de lo que la tenía, y en cuanto a Geo, lo están calafateando con yeso. Usted ya ha cumplido los cincuenta y sentiría causarle daño.

Soltó un mugido como un buey y dijo:

—Trajeron una maleta y un estuche de violín. Luke, el jefe de botones, echó un vistazo a su habitación mientras estaban fuera...

Tenía noticias de que el maldito Luke prodigaba mucho el uso de la llave maestra, pero ahora me daba cuenta de que la mayoría de las veces seguía las instrucciones de Chesa.

—¿Y qué? —lo animé a proseguir.

—Encontró una metralleta en el estuche.

—¿No sospecha adónde iban cuando se marcharon?

—No.

Permanecí un rato inmóvil y finalmente me dirigí hacia la puerta. Con la mano en el tirador, me volví.

—Será mejor que no me haya engañado, Chesa. De lo contrario me

volvería a ver.

No dijo nada y me salí fuera.

Crys ya no estaba en el bar, y como tenía prisa en llegar a otro sitio, abandoné el hotel. En la acera me detuve un instante y mientras encendía un cigarrillo eché un vistazo por los alrededores. No descubrí a ningún personaje sospechoso. Si me estaban siguiendo, el de turno conocía bien su oficio.

Me metí en un taxi y di al conductor la dirección del Cielo Azul, el local nocturno de Donald Randall.

Había llegado el momento de que él y yo hablásemos.

CAPÍTULO IV

La chica del guardarropía del Cielo Azul sentía un gran aprecio por mí, desde que la saqué cierta vez de un atolladero, y junto con mi sombrero, dentro de él, le largué la pistola que había quitado al griego. Ella, entre otras cosas, prometió guardarla.

En el local no había una mesa libre. Donald Randall podía sentirse satisfecho. Estaba haciendo su gran negocio. En la barra también se amontonaba la gente y yo habría tenido que emprenderla a puñetazos para conseguir un *whisky*.

Preferí el dique seco y me apoyé en una columna fumando un cigarrillo. No me aburrí. En la pista había una rubia con muy poca ropa que cantaba a voz en grito una letra picante. Tenía un cuerpo escultural y sabía sacar partido de él moviéndolo cadenciosamente al compás de la música.

El público se divertía sin importarle mucho lo que le hiciesen pagar por el espectáculo. ¿Para qué ahorrar para el futuro si el día menos pensado podría llover sobre sus cabezas una bomba atómica?

—¿Interesante, señor Stone?

El que hablaba lo había hecho por detrás de mí y me sopló en la nuca.

Me volví lentamente y vi su cara de perro de presa. Era uno de los guardaespaldas de Donald. Se llamaba Tom. Su dentadura de abajo era postiza. Yo tenía buenos motivos para saberlo. Un par de años antes le encontré gastándole bromas a una menor y cuando le dije que ahuecase el ala y dejase en paz a la menor se me puso farruco. Le aticé en el maxilar y después de ello se pasó dos meses comiendo papillas como un infante.

—Esto va cada vez mejor, ¿eh, Tommy? —le dije.

—De primera diría yo. —Hizo una pausa—. Hablando de otra cosa, el jefe quiere verle.

—¡Qué casualidad! Yo también lo quería ver a él.

Me hizo una señal y lo seguí.

En el momento en que cruzábamos una puerta, los clientes del Cielo Azul soltaron un nuevo berrido y supuse que la rubia había vuelto a

las andadas.

Donald Randall estaba al lado de una mesa que, alargándola un poco más, hubiese podido servir como pista de aterrizaje. El resto del mobiliario, incluyendo una alfombra, estaba a tono con la mesa. Randall frisaba en los cuarenta años y era de estatura más bien baja, fornido, de anchos hombros y cabeza un poco afechinada. Tema el rostro macilento, los ojos azules, la nariz aguileña, y un mentón que debía haberle proporcionado éxitos entre las mujeres porque allí exhibía un hoyuelo en el centro y eso, no sé por qué, a ellas les seduce mucho.

Me dirigió una mirada de pies a cabeza como si yo fuese el basurero que había ido allí por la gratificación de Navidad.

Mi idea fue acertada porque lo primero que dijo fue:

—Tommy, recuérdame que desinfectemos mañana el local.

Solté una risita y repuse:

—Aproveche la oportunidad y ordene que le enchufen la manguera. Se puso lívido y sus labios se comprimieron hasta formar una línea recta.

¿Qué ha venido a hacer aquí, Stone?

Me quedé un rato mirándolo y luego me senté sobre el brazo de un sillón. Dirigió una mirada a Tommy. Estaba cerca de la puerta y había despasado el botón de la chaqueta para que yo viese la pistola que tenía bajo el sobaco, metida en la funda. Volví los ojos a Randall.

—Mataron a Chips

O'Malley

. La pieza que buscaban los cazadores era yo.

—¿Y qué hay con eso?

—Usted los mandó contra mí porque yo me cargué a su hermano esta tarde.

Sobrevino un largo silencio. Donald me seguía mirando sin pestañear.

—¿Ya terminó? —dijo.

—Todavía no. Estuve buscando a su pareja de buitres para hacerles un relleno de plomo. De haberlo logrado, los hubiese metido en un coche para traérselos aquí. Por ello demoré mi visita, pero mi investigación ha sido por ahora infructuosa y me decidí a echarle una ojeada a su sucia cara.

Donald Randall hinchó los pulmones y exclamó:

—¡Usted es un piojo inmundo, Stone! Si hubiese tenido un poco de inteligencia, después de matar a mi hermano debió largarse de la ciudad sin dudarle una sola vez. Cualquier cloaca le hubiese venido bien para esconderse. Usted mismo firmó su sentencia de muerte al quedarse.

—Celebro que hable claro. Así nos entenderemos mejor.

—Usted y yo no tenemos que llegar a ningún entendimiento. ¿Y sabe por qué? ¡Es un hombre acabado! Sus mismos compañeros han prescindido de usted. No tiene un solo amigo en la ciudad. Sus minutos están contados.

Pensé que estaba tratando de asustarme y sonreí.

—Está perdiendo el tiempo, Randall. No me voy a marchar a menos que usted y los asesinos de Chips se entreguen a la policía.

Enarcó las cejas y lanzó una carcajada.

—Debe de haber bebido un poco más de la cuenta, Stone —dijo tomándose serio—. Y eso es mal asunto para un tipo como usted, que debe esperar la muerte al lado de cada esquina.

—Quizá les de un poco de trabajo.

—No nos costará tanto como usted se cree.

Me erguí y me acerqué a la mesa.

A pesar de que Tommy estaba detrás de mí, me di cuenta de que acababa de sacar la pistola. Yo avancé tranquilamente sobre Randall y al llegar cerca de él me doblé a un lado y aplasté mi humeante cigarrillo en un cenicero. Luego miré a Donald.

—Escuche, Randall. Sabe que odio todo lo que usted representa y que el único motivo de mi vida es el de acabar con la gentuza de esta ciudad que se beneficia del crimen organizado. Durante unos cuantos años he tratado de saber lo que ocurría en esta colmena y poco a poco he hecho mi composición de lugar. Al principio no caí en la cuenta, pero después mis sospechas fueron tomando cuerpo, y de ahí a sacar conclusiones, sólo fue cuestión de coser y cantar.

—¿Qué clase de conclusiones?

—La de que usted, Bill Degarmo, Joseph Catham y otros de su especie, no son más que pacotilla.

La voz de Tommy sonó amenazadora por detrás:

—Ya habló bastante, Stone. Abra el pico otra vez y le alojo una bala en los sesos.

—No, Tommy —objetó Randall—. Me echarías a perder la alfombra.

—Gracias —dije, parodiando una reverencia.

—Siga hablando.

—¿Interesado, Randall?

—Un poco nada más.

—Pues como le iba diciendo, ustedes son gente de poca cabeza para ser los dueños de negocios tan prósperos. Di vueltas a una idea, la de que aquí debía de existir un cerebro, una verdadera eminencia gris, que fuese quien realmente hubiese creado este imperio.

—Confieso que tiene usted una volcánica imaginación, Stone.

—Estaría dispuesto a apostar mi paga de un año a que he dado en la diana.

—Le admitiría gustoso la apuesta si usted tuviese ahora una paga —contestó Randall—. Aunque tendría que cobrársela por anticipado, porque, sépalo de una vez, Stone, su funeral será inmediato al de mi hermano.

—¿De veras? —Miré a Tommy y luego otra vez a Donald—. ¿Por qué no le ordena que haga fuego?

—Fuera hay mucha gente y oirían el disparo. Tengo otros métodos.

—No, Randall. Usted recibe instrucciones de alguien y no se atreve a hablar por cuenta propia. Máxime ahora, después de oírme decir lo que tengo dentro de la cabeza. En cuanto me marche de esta habitación, usted descolgará el teléfono para ponerse en contacto con el supremo jefe, y sólo entonces se decidirá a obrar porque habrá recibido un mandato que se ha de cumplir, si quiere continuar pegado a la ubre.

Giré sobre mis talones y caminé hacia la puerta. Cerca de ella me detuve y me volví de nuevo. Randall continuaba donde yo le había dejado, mirándome, inmóvil.

—Voy a ser duro —le advertí—. ¡Tiren a matar..., porque yo lo haré también!

Cuando salí fuera, una voz susurrante me acarició el oído. Una voz que yo conocía muy bien.

Crystal Lavery cantaba en la pista, apoyada en un piano. Un gran cono de luz se proyectaba sobre ella arrancando mil destellos a su vestido negro, muy escotado, que dejaba al desnudo sus brazos.

Era la tentación hecha mujer y se me revolvió el estómago al pensar

que decenas de hombres la estaban mirando porque tenían un puñado de dólares para entrar en el local.

Miré hacia la barra y observé que Crystal había conseguido lo que fue imposible a la rubia. Despejar completamente de clientes aquel sector.

Me senté en un taburete, de espaldas a la pista, y pedí un *whisky* doble. Parecía imposible que el salón estuviese atestado de público, porque no se oía ni un solo murmullo. Crys podía sentirse orgullosa. Estaba camino de convertirse en lo que ella había soñado, una de las mejores cantantes de música ligera del país.

Bebí un largo trago de *whisky* y en eso vi por el espejo al capitán Stanley Brady que se acercaba hacia donde yo estaba.

Dio un suspiro al sentarse a mi lado, y después de pedir un *scotch*ladeó la cabeza para mirarme.

Hace un momento, antes de entrar aquí, llamé al Depósito.

—¿Sí?

—Quería cerciorarme de que no estabas ocupando uno de los cajones.

—Gracias por tu interés.

—El caso es que no sé por qué me preocupo. Si uno está lo suficientemente loco para desear que lo ultimen, se le debe dejar en paz para que consiga lo que desea. —De acuerdo. ¡Déjame en paz!

Hizo chasquear la lengua contra el paladar y luego dejó por la mitad la bebida que contenía su vaso.

Mientras encendía un cigarrillo me habló por la comisura de los labios.

—Vengo de casa del fiscal, Alan. —Arrojó una bocanada de humo y añadió:

Naturalmente, el tema de la conversación fuiste tú.

—Soy un tipo popular, ¿eh?

—Le informaron de la que habías armado en casa de Pat Price. Arruinaste la cara de Sam Does y quebraste un brazo al griego.

—Fue solo un altercado amistoso.

—¡Maldita sea! ¿Cuándo vas a olvidar tus sarcasmos?

Alguien volvió la cabeza atrás y soltó un fuerte siseo, recabando nuestro silencio.

Brady habló por lo bajo, entre dientes:

—¿Es que te olvidas de que ya no tienes ninguna autoridad? Te

puedo encerrar por eso, y tú lo sabes.

Le ofrecí mis muñecas.

—Está bien, adelante, capitán. Cumple con tu deber y espósame.

Sacudió la cabeza de un lado a otro.

—Es lo que debiera hacer y te prestaría un gran favor. ¿Por qué no abandonas esto de una vez? Vete a dormir hasta que salga el autobús.

—¿Quién dice de irse en autobús?

—Eres el más grande cabezota que he encontrado en mi vida.

Crys terminó su actuación y por unos momentos pareció que el salón se iba a venir abajo. Los clientes del Cielo Azul pedían insistentemente una repetición, pero Crys sabía hacerse valer y desapareció tras unos cortinajes que daban acceso a los camerinos de los artistas.

Brady y yo seguimos bebiendo, y en un instante la barra se llenó otra vez de hombres y mujeres.

—¿Has conseguido algo respecto a lo de Chips? —preguntó Brady.

—Supongo que lo mismo que tú. ¿No has visitado a Patrick Chesa?

—Ya sé que te me adelantaste. Floyd Kingshey y Carl Budington —murmuró—. Dos nombres que no nos dicen nada. No tenemos ficha de ellos y hemos pedido informes al FBI.

—Es tiempo perdido. Esos nombres, Kingsley y Budington, suenan a falso a tres millas de distancia. Apuesto a que se trata de dos millonarios de la Quinta Avenida.

—¡Demonios! ¿Dónde se pueden haber metido? He tendido una buena red por todas las carreteras y nadie los vio pasar. En un caso como éste siempre sobran datos. Todo el mundo cree haber visto a los asesinos y, tarde o temprano, se termina por comprobar que uno de los soplos es el bueno.

—Quizá no hayan salido de la ciudad. ¿No lo recuerdas, Brady? La víctima era yo y fallaron el golpe. Ellos sólo cobran si hacen su trabajo... Son así de honrados.

Me miró echando el labio inferior hacia delante.

—¿Quieres que te demos una medalla por tu sangre fría, Alan?

—Nunca me han gustado las condecoraciones.

Saqué el fajo de billetes y pagué su consumición y la mía. Iba a saltar del taburete y me detuvo cogiéndome del brazo.

—Escucha esto, Alan. Si organizas otro jaleo, te meto entre rejas.

No habrá amistad ni nada. Quizá allí te dejes algo de tu maldito amor propio y otro poco de tu tozudez.

—Corriente, capitán.

Me separé de él y me dirigí al guardarropía, donde recogí el sombrero, la pistola y una mirada incendiaria, pero dejé correr la oportunidad y salí a la calle. Una vez en la acera observé los puntos donde había más sombras.

—Buenas noches, Alan.

La voz había surgido por mi derecha y me di la vuelta.

Era Crys.

Continuaba con el mismo vestido con que había actuado, aunque ahora lo cubría con un abrigo de los caros.

—Hola, Crys, fue muy bonito el número.

Sus ojos se miraron tratando de adivinar el sentido de mis palabras.

—¿Te vas ya, Alan?

—Sí, tengo algo que hacer.

—Puedo llevarte en mi coche. Lo tengo aparcado ahí cerca.

—No es necesario que te molestes, y además, a ti te necesitarán pronto ahí dentro.

—Tengo una hora por delante.

—De acuerdo.

El coche era un convertible color crema. Crys me preguntó si quería conducir, pero me encogí de hombros y fue ella la que se sentó al volante.

—¿Adónde quieres que vayamos? —preguntó.

Eché la cabeza atrás, en el respaldo, y me mordí el labio inferior, pensativo. Miré a Crys, que esperaba mi respuesta.

—Salgamos fuera de la ciudad —dije—. En realidad, todavía no sé dónde ir.

Asintió, y poco después corríamos por una solitaria carretera en dirección oeste.

Le ofrecí cigarrillos, pero ella no aceptó la invitación.

Yo prendí uno y mientras lanzaba una bocanada de humo, Crys dijo:

—Siento lo ocurrido en el hotel, Alan. Me puse un poco nerviosa.

—No tiene importancia. Olvídalo.

Guardamos los dos silencio.

El aire que entraba por la ventanilla era fresco, vivificante.

Miré al espejo retrovisor. Un coche nos seguía. Donald Randall había recibido ya instrucciones. Me maldije por haber consentido en aceptar la invitación de Crys. Ella leyó mi pensamiento.

—No te recrimines, Alan —dijo—. Estaba dispuesta a ir contigo pese a todo.

¿Por qué, pequeña?

—Quizá porque quiera compensar el daño que te hice una vez.

—El precio puede resultarte muy caro.

Me miró sonriendo suavemente y negó con la cabeza.

Los faros del coche que venía atrás se iban acercando.

Saqué la pistola y me cercioré de que estaba a punto.

Crys apretó de firme el acelerador después de tomar una curva.

—¿Qué es lo que buscas realmente, Alan? —preguntó—. ¿Hay algo más que vengar a Chips?

—Sí, Crys, existe algo más importante —hice una pausa—. El vicio en nuestra ciudad es explotado por muchas personas que se pueden ver y tocar. Gusanos que sacan el dinero del juego, de las mujeres, del tráfico de estupefacientes, del chantaje... Pero estoy convencido de que ellos no son más que títeres gobernados por un dueño y señor, por alguien que es verdaderamente el promotor de tanta podredumbre. En fin de cuentas, es a él a quien van a parar las cuotas de protección y el resto del botín.

—¿Quién es esa persona?

—Si conociese su identidad no me detendría ni un segundo en llamar al capitán Brady para que lo esposase.

—Pero tendrás al menos una idea.

—Hay muchas personas con una gran reputación que podían ser el tipo que busco.

—¿Ha de ser necesariamente alguien con una gran reputación?

—Es casi seguro que sea así. No me hago a la idea de que se trate de un tipo como Donald Randall o Joseph Catham.

Los faros reaparecieron en el retrovisor, ahora un poco más lejos.

Me admiraba la serenidad de que daba prueba Crys.

—Al menos tendrás alguna pista —dijo.

—Es lo que voy a hacer ahora. Investigar algo que se me ha ocurrido.

—¿Crees que ellos te van a dejar?

Sopesé la pistola y dije:

—Ya verás cómo me dejan. Tú mantente firme al volante.

—¿Qué vas a hacer?

Vio mi intención y fue a gritar, pero yo ya había abierto la portezuela de mi lado.

Asomé medio cuerpo fuera.

El ejercicio era un poco arriesgado porque nuestro coche debía de estar rozando los cien y yo tenía que hacer mucha fuerza para mantener la portezuela un poco abierta.

Asomé la cabeza y el aire me revolvió el cabello.

Nuestros perseguidores estaban ganando de nuevo terreno. Vi una lucecilla a lo lejos y sonó un estampido. La bala pasó silbando un poco arriba de mi cabeza.

No ganaba nada con enviar a una de aquellas sanguijuelas al otro mundo. Serían tres o cuatro muchachos que habrían llegado a confraternizar y era muy humano por mi parte que me cargase a todo el lote. Así no se sentirían tan solos en el infierno.

Tengo una buena puntería. Pensé que aquélla era una buena ocasión para acreditarla.

CAPÍTULO V

Apunté a una de las ruedas delanteras, la de la derecha, y apreté el gatillo. Debí de fallar por poco, porque el coche siguió adelante. Me enviaron la respuesta con dos disparos. El primero hizo añicos el cristal de la puerta y el otro me chamuscó el hombro.

Apunté de nuevo, poniendo un poco más de cuidado e hice fuego por segunda vez.

Hice un pleno.

El neumático estalló, y el coche, lanzado a una velocidad vertiginosa, se fue hacia un lado instantáneamente.

El conductor quiso hacer un milagro, pero su cuenta del debe debía de estar muy negra y el cielo no se lo consintió.

El vehículo crujió bamboleante y de pronto se dobló sobre dos ruedas entre mil chirridos, dando una vuelta de campana. Fue solo el comienzo. Siguió rodando panza arriba arañando la cuneta con la carrocería. Volvió a ponerse sobre los neumáticos y otra vez volcó.

El motor hizo explosión y en un segundo todo el coche quedó envuelto en llamas mientras seguía rebotando como una pelota.

No quise seguir viendo más. Ninguno de aquellos tipos lo contaría.

Me metí otra vez dentro, cerrando la portezuela. Observé la cara de Crys. Estaba pálida como una muerta.

—Oh, Alan, esto es horrible —murmuró.

—Sí, pequeña, es horrible, pero son ellos los que quieren que sea así.

—Lo podías evitar abandonando.

—¿Abandonar? —repliqué yo excitado—. Eso es lo que ellos desean. Viven a costa del miedo de los hombres honrados. Amenazan, coaccionan, y todo el mundo se pliega a sus deseos. La muerte de esa canalla se basa en renunciaciones. Cada hombre tiene derecho a vivir libre y sólo se convertirá en una víctima en cuanto consienta en abdicar ese derecho.

—Es muy hermosa lo que dices, Alan, pero desgraciadamente muy pocos te comprenderán, y si te matan no servirá para nada.

—No se trata de que alguien me comprenda o de sacar algo en

limpio si yo muero —gesticulé con la pistola en la mano—. Sólo doy rienda suelta a mis sentimientos. Es algo personal, Crys. Siento náuseas cada vez que pienso que existe alguien que consigue una vida de lujo a costa de mil sacrificios de los restantes miembros de la comunidad. Una voz interior, mi conciencia quizá, me dice que eso no lo puedo consentir, y entonces me lanzo a lo que sea para evitarlo.

—Si así están las cosas, ¿por qué no se desembarazaron de ti antes?

—La respuesta es muy sencilla. Quienquiera que sea el amo de esa pesadilla me conoce bien y siguió mi carrera desde el principio. Decían que yo era un tipo con agallas, la clase de individuos que ellos necesitan. El fulano en cuestión, pensó que yo sería fácilmente sobornable, y que por unos cuantos billetes me convertiría en un servidor más de su organización.

—¿Intentaron alguna vez comprarte?

Ocurrió por primera vez a poco de ser nombrado teniente. Se trataba de un tipo al que nunca había visto. Fue detenido mientras intentaba colocar una cantidad insignificante de morfina. Estaba claro que el fulano se había dejado coger y que su intención era saber cómo reaccionaba yo. Me plantó un billete de mil delante de las narices. Tardó un segundo en tener mi contestación. Le golpeé con el puño y lo estrellé contra la pared. Tuvo que ser asistido por un médico de una fuerte conmoción cerebral.

—¿Alguna otra vez?

—Sí, hubo más. Dos mil dólares, tres mil, llegaron a ofrecerme hasta cinco billetes de los grandes. Siempre se trataba de individuos desconocidos y todos terminaron por arrepentirse. El fin de todo sobrevino cuando maté a Jack Klein. Entonces terminaron por convencerse de que no tenían nada que hacer conmigo. Dejaron transcurrir un poco de tiempo y decidieron eliminarme. Los tipos que pretendían matarme y que terminaron por ametrallar a Chips, no hicieron su trabajo como represalia por haber dado yo muerte esta tarde a Nick Randall. Todo ha sido casual. Ellos ya estaban aquí desde hace días y esta noche precisamente era la señalada para enviarme al otro mundo. Conocían mi costumbre de girar todos los jueves una visita a los bares del sector oeste. En cualquier esquina me hubieran convertido en un colador. La muerte de Nick les obligó a cambiar de idea en sus planes. Sabían que con dos muertos sobre

mis espaldas, las autoridades me pondrían en la calle. El círculo de intocables ha hecho presión para que el fiscal, el juez y el director del *Guardian* apoyasen esa idea, y naturalmente, los hombres que busco habrán puesto toda la carne en el asador para conseguirlo. Randall sólo tuvo que enviar esos buitres cerca de la comisaría a la espera de que yo apareciese.

Hice una pausa mojándome los labios con la lengua y luego dije:

—Ésa es toda la historia.

—Seguramente ahora están muertos.

—No lo desearía porque para ellos guardo algo especial, pero, aunque así fuese, ya te he dicho que quiero al que les paga.

Hubo un largo silencio y al fin ella dijo:

—Creo que nos hemos alejado mucho.

—Perdona, no me acordaba de que tenías que volver allá.

—No lo decía en ese sentido. Si quieres puedo quedarme contigo. Bastará con que llame al club y diga que me he indisuesto repentinamente.

Aparecieron unas luces al fondo de la izquierda.

—Hay mucha gente allí que te espera y se decepcionaría si no te exhibieses otra vez —alegué.

Sabía que la mortificaba con mis palabras y no fallé.

—Sigues pensando en aquello, ¿verdad, Alan?

—Sí.

—Querías una mujer sin compartirla con nadie, ni siquiera con el público para el que ella cantase.

No tenía comentario alguno que hacer y guardé silencio.

—Por eso me marché de tu lado —prosiguió ella—. Quería alcanzar la fama, saborear el éxito, sentirme en un trono...

—Ya lo has conseguido.

—No, Alan, Solamente estoy camino de ello.

No me agradaba el tema de aquel diálogo y estábamos llegando a la estación de servicio de Rex Llanos.

—Déjame aquí, Crys. Regresaré a la ciudad en cualquier coche que pase. He de hablar con un amigo.

Frenó bruscamente ante la estación y preguntó:

—¿Estás seguro de que no quieres que me quedé?

—Es peligroso que estés a mi lado. Sé dónde te alojas. Iré a verte pronto.

Salté fuera y cerré la portezuela. Me quedé mirándola por el hueco del cristal roto. Estaba conteniéndose para no llorar.

De pronto se mordió el labio inferior y maniobró con el coche haciendo rodar el volante.

Se marchó a una endiablada velocidad y poco después la luz roja del piloto se perdió en una curva.

Giré sobre mis talones. Un empleado estaba dormitando junto a un poste. A la izquierda quedaba el bar y a través de la amplia vidriera vi a Rex Llanos sentado en un taburete ante la barra. Estaba tomando café.

Entré en el local. Una victrola mecánica soltaba un chorro de música y un par de camioneros tocaban palmas marcando el ritmo de la pieza.

En una mesa discutían otros dos conductores acerca de las posibilidades de cierto boxeador.

—Hola, Rex —dije, sentándome junto al dueño del poste.

Llanos era un tipo enorme, de cara ancha, ojos muy separados y cejas muy espesas. Tenía despasados dos botones de la camisa a cuadros porque le gustaba mostrar el negro vello de su pecho.

A su juicio eso era muy atractivo para las damas.

Me miró por encima del hombro y distendió los labios en una sonrisa irónica.

—¿Cómo va eso, asesino?

Sólo dijo eso, pero ya era bastante. Rex era un nauseabundo bravucón, un tipo de malos antecedentes que, al parecer, hacía su dinero con la estación de servicio. Yo sabía por terceras personas que en diferentes ocasiones había jurado pegarme una paliza hasta quebrarme los huesos. Y todo porque una vez le paré los pies. Probablemente él creía ahora llegado su momento...

Yo era un Don Nadie y no me podía amparar en la placa o con una pistola de reglamento.

Simulé no afectarme por sus palabras. Hice una señal al mozo y pedí un *whisky* doble.

Como suponía, mi silencio envalentonó a Rex.

Terminó de tomar su café y se me quedó mirando a la cara provocadoramente.

—¿Sabe una cosa, Stone?

—¿Qué? —inquirí, observándome la mano.

—Esperaba que te ocurriese esto algún día, que te diesen la patada.

—¿Satisfecho entonces?

—No, todavía no. Me juré a mí mismo que cuando fuese te rompería la crisma.

—Oí contar algo parecido por ahí.

—Y es lo que voy a hacer ahora. Palabra que estoy de suerte —se echó a reír—. Tú mismo has venido a ponerte en mis manos.

Tenía la mano izquierda sobre el mostrador. Yo alargué el brazo y cogí la taza que él acababa de dejar sobre el plato. La levanté en el aire y le golpeé la mano machacándole los dedos contra la barra.

Rex lanzó un aullido y retiró la mano lesionada como si se la hubiesen marcado con un hierro al rojo vivo. Intentó lanzarse contra mí, pero me volví rápidamente y le metí el cañón del revólver en el ombligo.

Los conductores que se hallaban en el local miraron hacia donde estábamos nosotros a pesar de que la victrola seguía desparramando su música. Rex se contuvo y miró la negra arma con que yo le amenazaba. El castigo que había recibido le hizo transpirar súbitamente. Sus ojos deseaban verme convertido en pulpa y solté una risita en sus narices.

—No, puerco —le dije—. Tú no vas a hacer nada.

El mozo se acercó por el otro lado y con mano temblorosa escanció *whisky* en un vaso. Tenía la mirada fija en mí y tardó unos minutos en darse cuenta de que estaba derramando el *whisky*.

Rex se mordió el labio inferior.

—¿Qué es lo que quiere, Stone? ¿Ha venido solamente a buscarme las cosquillas?

—Si fuese así te descerrajaría un tiro y me quedaría tan tranquilo —guardé silencio durante un rato y luego proseguí—: Sólo quiero que me des un poco de información.

—¿Acerca de qué?

—Busco a los tipos que se cargaron a O'Malley

. Seguro que si pasaron por aquí tú los viste.

—No.

—Refresca la memoria, Rex. Te conviene.

Vaciló unos instantes y finalmente explicó:

—Hace unos minutos que me acaban de llamar. Un coche se

despistó en la carretera cuando venía en esta dirección. Dentro iban Sandy y dos hombres más. En el lugar del accidente se han visto unas cuantas armas. Probablemente entre ellos estaría el que mató a su amigo.

—No, Rex, no puede ser. Ellos no estaban dentro de ese coche.

—¿Cómo lo sabe?

—Es como sumar dos y dos. Yo estaba con Chips cuando hicieron ésa chapucería. Viajaban en un «Sedán Ford» color negro y cuando enviaron la ráfaga se esfumaron. No pudieron quedarse en la ciudad, ¿lo vas entendiendo? Ellos debieron buscar un escondite por aquí cerca. Y tengo la corazonada de que escogieron esta carretera.

—No he visto nada.

Dejé correr unos segundos.

—Tienes mucho éxito con las mujeres, ¿verdad, Rex? —murmuré—. A ellas les gustan los tipos fuertes..., ¿pero crees que te harían mucho caso si yo te destrozase la cara con la culata de esta pistola?

—No se atreverá.

—¿Quién dice que no? —Entrecerré los ojos para dar la impresión de que aceptaba su reto—. No creo que me sea difícil. Sólo tengo que levantar la mano y atizarte en una ceja, en el pómulo o en la nariz. No te podría salvar ni la cirugía plástica. A las mujeres bonitas no les gustan las caras cortadas. Son desagradables.

Era lo que a él le preocupaba más en este mundo. El ir de una mujer a otra. Era un bruto sin cultura alguna, pero poseía una recia musculatura y un rostro de facciones energías.

La idea de quedar señalado para toda su vida le amedrentó.

—Pasaron por aquí, pero no se detuvieron.

—¿Cuánto hace?

—Dos horas, o quizá más.

—¿Cuántos iban?

—Uno al volante y dos atrás.

—¿Los conocías?

—No.

—¿Tampoco al del volante?

Por la forma de mirarme deduje que lo conocía sin lugar a dudas.

—¿Quién era, Rex?

—En mi vida lo he visto.

Dejé de apretar el cañón del revólver en su estómago y lo levanté

unas pulgadas echándome hacia atrás.

Rex miró aterrorizado el arma y dijo rápidamente:

—Era Carson.

—¿El tipejo que está con Catham?

—Sí.

Gruesas gotas de sudor le resbalaron por la nariz y llegadas a la punta caían al suelo.

—Eres un gran muchacho, Rex.

Alargué la mano libre y cogí el vaso de *whisky*. Lo dejé vacío de un par de tragos sin que en ningún momento dejase de mirar a mi prisionero.

—¿Tienes algún coche libre, Rex?

De nuevo dudó, pero finalmente se metió la mano en el bolsillo de la camisa y sacó una llave.

—Puede coger el mío —dijo—. Es el convertible color verde que está más próximo al otro extremo.

—Muy bien, Rex. Da gusto encontrarse tipos como tú, tan comprensivos. Sólo falta que me pagues la copa y tendré un estupendo recuerdo de ti.

No le dejé decidir, sino que me puse a andar hacia la salida y cuando cruzaba la puerta lo miré para comprobar que no tenía intención de seguirme.

A partir de aquel día, Rex Llanos no volvería a amenazarme.

Encontré el coche donde él había dicho y poco después lo hacía correr como un bólido por la carretera.

Hacía una noche espléndida y no necesité levantar la capota. Ocho millas más allá de la estación de servicio de Rex crucé frente a un cartel en el que se anunciaba que acababa de salir del condado de Rexford. El detalle no tendría importancia si frente a ese mismo cartel no hubiese existido otro en el que se indicaba que a tres millas el viajero se encontraría en la Maison Doré.

La Maison Doré tenía su historia y era la más importante pieza del lío en que yo estaba metido. Se trataba de un edificio levantado en pleno campo, rodeado por unas cuantas hectáreas de monte cubierto de pinos. La Maison Doré tenía ciento veinte habitaciones para huéspedes, una sala para fiestas, una terraza de verano y un enorme salón en el que se jugaba Constantemente, sin descanso a la ruleta, bacarrá, póquer, dados... Lo importante era que cualquier

persona que se dejase caer por allí encontrase algún juego que fuese de su agrado.

Todo consistía en limpiarles el dinero de un modo u otro. Y los hombres que aparecían como dueños de aquel establecimiento se llamaban Joseph Catham y Bill Degarmo, un par de socios de auténtica clase. Pero, conforme a mi idea, ellos no eran más que los testaferros de alguien mucho más poderoso. En el condado de Rexford estaba prohibido el juego, pero se las habían arreglado para armar aquel bochinche a sólo tres millas de la línea divisoria con el condado de Parkintong y daba la casualidad de que uno y otro condado pertenecían a diferente estado. Cruzar la frontera era cosa fácil. Ni siquiera había en la demarcación un policía para exigir un documento. Bastaba con que uno quisiera ir a la Maison Doré y ya estaba hecho.

Recorrí aquellas tres millas en un suspiro y al doblar un recodo me encontré frente a mi objetivo. La playa de estacionamiento estaba a rebosar, pero en aquel momento se marchaba un coche y metí el mío rápidamente en el hueco. Salté fuera después de cerrar la llave de contacto y me dirigí a la entrada principal.

Un galonado conserje me dirigió una mirada escrutadora y me di cuenta de que me reconocía. Miró hacia arriba de la escalera a un tipo que había recostado en un pilar y le hizo un movimiento con la cabeza. Ascendí los peldaños y el sujeto que había recibido la contraseña me interceptó el paso.

—¿Busca a alguien? —me preguntó.

Lo identifiqué como a uno de los gorilas de la casa y dije:

—Acerté la tercera de Jamaica y no la pagaron mal. He pensado que éste es mi día y voy a probar suerte con la ruleta.

Frunció el ceño preguntándose si yo hablaba en serio, pero no esperó a oír su respuesta. Seguí adelante.

Traspuse el umbral y después de pasar por un ancho *hall* donde había unas cuantas personas, me introduje en el ascensor, el cual era atendido por una muchacha de muy buen ver.

Le indiqué que quería ir a la sala de juego y ella me dirigió una mirada de compasión.

Una vez arriba me despedí de la joven, poniéndole una propina en la mano y pasé a la sala de juego.

Había tenido oportunidad de ir un par de veces por allí solo para

observar la reacción de aquella gente. Siempre me había producido el mismo efecto que ahora. Hombres y mujeres dispuestos a correr un albur que les deparase alguna emoción. Estúpidos que querían probar al destino pidiéndole más de lo que el destino está dispuesto a conceder.

Fui de un lado a otro durante un rato hasta que al fin un sujeto muy estirado se me acercó.

—El bacarrá se da bien esta noche, caballero —dijo.

—¿De veras? —murmuré, poniendo cara de asombro.

Él me sonrió asintiendo con la cabeza. Entonces saqué el fajo de billetes que poco a poco se iba reduciendo de tamaño y separé uno de a dólar. Se lo puse en la mano y dije:

—Aproveche su oportunidad y corra a hacer fortuna.

Hizo una mueca, como si se le acabasen de caer los pantalones, dio media vuelta y se retiró.

De pronto dijo una voz a mis espaldas:

—¿Es cierto lo que ven mis ojos? ¡Si es el famoso Alan Stone!

Di media vuelta y me quedé mirando a Muriel Shannon.

CAPÍTULO VI

Seguía siendo lo mejor que yo he visto en rubias. Espectacular era la palabra adecuada. Se ceñía con un vestido de noche, escotado en forma de V, y en los seis meses que llevaba sin verla, sus curvas se habían hecho más pronunciadas, lo cual le añadía mayor encanto.

Acepté la mano que ella alargaba y dije:

—También es una sorpresa para mí, Muriel. Te creía en Europa.

—Eso es lo malo de los policías. Que nunca saben lo que les conviene. Regresé hace tres meses, Alan. He estado separada de ti sólo por una distancia de once millas.

—Lo siento —me disculpé—. He estado últimamente muy ocupado.

—Admitiré tu excusa con una condición. La de que me dediques la noche. Y no me digas que estás en acto de servicio. Ésta no es tu jurisdicción.

Ella no sabía nada de lo que me había ocurrido. Seguía siendo el teniente Stone.

Regentaba una casa de modas y su afición eran los hombres. No podía pasar sin ellos. Le gustaban altos y musculosos. Yo mido uno ochenta y quedé finalista en el campeonato militar de superpesados cuando hice el servicio destacado en el Japón. La conocía desde unos años atrás y, aunque se insinuó varias veces no quise incorporarme a su colección. No es que ella me disgustase, puesto que era excepcionalmente hermosa, sino por cuestión de principios. Me estaba mirando con ojos brillantes, y al darse cuenta de que yo también la estaba observando se pasó las manos por las caderas y dijo:

—¿Me crees interesante, Alan?

—Eso está fuera de toda duda.

—¡Oh!, es una verdadera sorpresa. El pétreo teniente de policía también es humano —hizo una pausa para humedecerse los labios con la punta de la rosada lengua y añadió:

En la terraza hay una pista estupenda. ¿Intentamos bailar?

Me pareció sugestiva su oferta y abandonamos el salón.

Minutos después nos deslizábamos por una pista en que no habían

muchas parejas.

Las luces estaban convenientemente dispuestas y la atmósfera, impregnada por el suave aroma de las flores, invitaba al arrullo. Aunque Muriel no necesitaba de tantas cosas para hacerlo.

Descansó su cabeza sobre mi hombro y sentí un ligero temblor cuando su nariz me rozó la mejilla.

—Oye, Alan —me susurró cosquilleando.

—Dime.

—¿No coges tú nunca las vacaciones que te corresponden?

Su pregunta me hizo recordar que en todos los años que había trabajado en el Cuerpo jamás se me ocurrió hacer uso de aquel derecho.

Alguna vez me propuse pasar algunas semanas lejos de la ciudad, pero siempre, por una razón u otra, me quedé.

—¿Qué pasaría si las solicitase? —inquirí.

—Pienso marchar a Los Angeles la semana próxima para comprar los modelos de otoño. Es la mejor época para estar en California. Sólo llevo conmigo mi secretaria, y ella es una chica muy aburrida. Yo ahora no tenía necesidad de pedir una vacaciones al jefe para ir a Los Angeles ni a ningún otro sitio. Era libre como un pájaro.

—Quizá vaya —murmuré.

Levantó la mirada.

—¿Es cierto, Alan?

—Me echaron de la Brigada.

—¿Ha sido por matar a Nick Randall?

—Sí. No les gustó que suprimiese a esa alimaña.

—¡Pero eso es monstruoso! Tú eres un policía y cumplías con tu deber —volvió la cabeza de un lado a otro perpleja.

—Ellos piensan que debí darle oportunidad para que fuese el primero en hacer blanco y luego, si tenía suerte, tenía que disparar yo.

—Cuánto lo siento, Alan. Sé lo que eso supone para ti. ¿Qué vas a hacer ahora?

—Tengo en la cartera un billete para el primer autobús que sale mañana hacia Columbus. Me iré en él.

—¿Estás decidido?

—Sí.

—En tal caso no irás más lejos de Columbus... solo.

La miré enarcando las cejas y ella dijo:

—Me reuniré contigo pasado mañana y desde allí volaremos hasta Los Angeles —su rostro estaba iluminado.

Sacudí la cabeza en sentido negativo.

—No, Muriel. Quizá te vea en Los Angeles, pero será cuando haya conseguido un poco de plata. Sólo me quedan unos cuantos dólares en el bolsillo.

—No los necesitarás, Alan; y por favor, no interpretes mal mis palabras. Sólo se trata de ayudar a un amigo.

—No soy de éstos, Muriel.

—¿Vamos a tener dificultades antes de empezar? —me sonrió—. Eres como un chiquillo. ¿Sabes una cosa? Te haré un préstamo y naturalmente te exigiré la devolución hasta el último centavo. ¿Te gusta así?

No me pareció mala la idea.

En Los Angeles yo tenía un buen amigo, Robert Lefont, propietario de una agencia de investigaciones muy acreditada. El me daría trabajo y con mi sueldo podría pagar a Muriel.

En otras circunstancias no hubiese aceptado, pero mi situación era comprometida y si salía con bien de aquel avispero necesitaría un empleo para vivir.

—De acuerdo, Muriel.

Me dijo que necesitaba ir al tocador y yo la esperé fuera de la pista fumando un cigarrillo. Minutos más tarde regresó a mi lado y me ofreció su cintura para que la abarcase. Volvimos al círculo donde se movían los danzarines, y volvió a inclinar la cabeza sobre mi hombro.

Durante un rato no hablamos, bailamos en silencio muy juntos siguiendo el ritmo de las piezas que interpretaba la orquesta, cuya especialidad eran los *slows*.

De pronto vi a Joseph Catham cerca de una puerta. Él también nos estaba mirando.

Frisaba en los cuarenta años de edad y era de rostro bien parecido y porte elegante. Su facha distinguida quedaba reducida a trozos cuando se ponía a hablar o gesticular. Entonces el barniz caía y dejaba al descubierto su verdadera identidad, la de un perro de presa. Observé en sus ojos una llama de odio. Tenía varios motivos para sentir así. Aparte de que debía saber que yo había liquidado al

lote de granujas que quedaron dentro del coche, estaba Muriel. Sentía una pasión ciega por ella. Hubo un tiempo en que, según los chismosos, Muriel le había hecho caso. Ahora la rubia lo debía de haber apartado totalmente de su imaginación.

Lo que vino a continuación me gustó más. Arnold Vaughan, el director del *Guardian*, llegó por detrás de Catham y le dijo algo. El gerente de la Maison Doré se volvió y ambos se pusieron a hablar.

Era evidente que yo era el objeto de la conversación, porque Vaughan me localizó con la mirada y observé que sus músculos faciales se atirantaban. Inmediatamente, los dos entraron en la casa.

Me separé de Muriel diciendo:

—Te invito a una copa.

—La podemos tomar aquí, sentados ante una mesa.

—Prefiero la barra.

Ella hizo un mohín de asentimiento y salimos de la pista.

Acabábamos de probar nuestros *whiskys* cuando se acercó a nuestro lado un tal Palmer, que ocupaba un cargo ejecutivo en una de las emisoras locales. Era un tipo guapo de cabello rizado y aceitoso. A juzgar por el color de su epidermis, debía someterse diariamente a una buena sesión de rayos ultravioletas y hasta me lo imaginé acostado de noche en su cama con el rostro cubierto por alguna crema embellecedora.

—Llamé a tu casa esta tarde, Muriel —dijo apenas inició un saludo.

—¡Qué lástima! —le contestó la rubia—. Pasé el día con mi peluquero.

—¿Sólo el día?

Tal exabrupto hubiese molestado a cualquier mujer, pero a Muriel le encantaba provocar celos en sus admiradores y sonrió divertida.

—¡Oh, Bill! —le dijo—. ¿Te vas a poner melodramático?

Era una rencilla familiar y a mí me tenía sin cuidado lo que de ella resultase.

Muriel sabría arreglárselas a solas, y yo quería estar presente en otro sitio.

—Acabo de ver a un amigo con el que tengo que hablar —dije rápidamente, y después de dejar mi copa en el mostrador me alejé de ellos.

Me encaminé hacia la dirección. En la puerta había un hombre cuya fuerza debía de ser la de un tanque, Pesaba más de cien kilos y

mataba el tiempo comiendo nueces que rompía con la sola presión de las manos.

Fui a entrar en el despacho sin decir nada, pero sólo tuvo que alargar el brazo y ponerme un dedo en el pecho para detenerme.

—Los servicios de lavabo están en la otra parte —comentó con los ojos fruncidos.

—Estupendo. Ve allí y refréscate la cabezota. ¿No sabes quién soy?

—Claro que sí —me sonrió enseñándome los dientes—. Hasta hoy era un bastardo polizone, pero ahora es solamente un maldito bastardo.

—Escucha, diplodocus. Tu jefe me está esperando.

—Eso no es cierto, y para su seguridad, me llamo Kid.

—De acuerdo, Kid. Entra y anúnciame.

—No es usted siquiera la clase de cliente que puede pasar dentro.

—Pruébalo y ya verás cómo tu patrón te da un premio.

Vaciló todavía unos instantes, pero por fin abrió la puerta y se coló dentro, cerrando desde la otra parte.

Tardó en reaparecer un minuto.

—Pase. Por lo visto acertó usted. Lo están esperando.

Lo obsequié con una sonrisa y entré en el despacho.

Una vez dentro, Kid registró mis bolsillos y me despojó de la pistola.

No le ofrecí ninguna resistencia porque estaba interesado en ver las personas que se hallaban reunidas.

Eran los tres testafierros del pez gordo, Joseph Catham, Bill Degarmo y Donald Randall.

Degarmo era el de peor aspecto de los tres. De pequeño había sufrido un ataque de viruela y la enfermedad había dejado huellas en su rostro. Tenía el pelo rojizo, muy rebelde a toda clase de peines, y un pésimo gusto en el vestir. Prefería los colores chillones. Ahora se cubría con una chaqueta color marrón, pantalón gris y corbata verdosa. Parecía un personaje sacado de un teatro de variedades de comienzo de siglo. Estaba sentado en un sillón y pasaba sus cortas piernas por encima de un brazo, apoyando su espalda en el otro.

Me dirigió una sonrisa burlona mientras decía:

—Ya tenemos aquí al hombrecito.

Catham estaba sentado ante una mesa y tabaleaba con el dedo sobre

una carpeta.

Randall tenía un vaso de *whisky* en la mano derecha y su izquierda se escondía en el bolsillo del pantalón.

Después de observarlos retrospectivamente a los tres, dije, dirigiéndome a Catham:

—Su elefante amaestrado me ha dicho que acerté al venir aquí.

—Desde luego adivinó nuestros pensamientos —dijo Degarmo—.

Eso de la telepatía debe de ser cierto. Me han ocurrido casos estupendos.

—Bueno. ¿Qué es lo que se les ofrece?

Catham tosió suavemente y dijo:

—No debió hacer eso, Stone.

—¿A qué se refiere?

—A liquidar a esos muchachos.

—Oh, habla usted de los del coche.

—Sí.

Sonreí y me dirigí hacia una mesa ratona donde había una bandeja con vasos y una botella de *whisky*.

Fui a servirme cuando de pronto restalló la voz de Kid:

—Suelte eso, polizonte, o le rompo en tres mitades.

Eché el *whisky* en el vaso como si no le hubiese oído. En eso el diplodocus vino hacia mí, pero Catham lo detuvo con un gesto y volvió junto a la puerta.

Saboreé el *whisky*. Era estupendo. Aquellas sanguijuelas sabían lo que era la buena vida y se rodeaban de todo lo mejor.

Chasquéé la lengua contra el paladar y dije:

—Siento haberles causado tanto pesar. Apuesto a que los chicos que venían tras de mí sólo querían darme la felicitación para las próximas pascuas.

Catham se mantuvo imperturbable, Donald Randall palideció rabioso, y Bill Degarmo soltó una carcajada.

—¡Es usted un tipo chistoso, Stone! ¡Palabra que me gusta!

—Celebro que coincidamos.

Degarmo se puso en pie sin dejar de sonreír y se vino hacia la mesa ratona con la mirada fija en la bandeja. Fue a coger un vaso, pero de pronto se volvió y me pegó con el dorso de la mano en el cuello, justo debajo de la oreja.

Caí de rodillas sobre la alfombra que cubría el piso

estremeciéndome de dolor, ahogándome mientras Degarmo lanzaba al aire una fuerte carcajada.

Doblé la cabeza y permanecí un rato quieto, tratando de recuperarme.

—¡Levántese! —me ordenó.

Me incorporé trabajosamente. Conservaba el vaso de *whisky* en la mano, aunque se había derramado algo su contenido. Ingerí de un trago el que quedaba y miré a Degarmo, el cual ya se había tornado serio.

—Ande con cuidado, Stone —dijo con voz cavernosa—. Yo no soy como cualquiera de esos mequetrefes con los que usted está acostumbrado a tratar.

—Ya lo sé. Usted es mucho más canalla que ellos.

Se dirigió de nuevo hacia mí con ánimo de golpearme, pero yo estaba preparado y cerré el puño dispuesto a destrozarle la cara a las primeras de cambio. De pronto intervino Catham.

—¿Quieres dejar eso de una vez, Bill?

Degarmo se detuvo, y después de dirigir una mirada a su compañero movió la cabeza de arriba abajo y me dijo:

—Ya puede decir que está de suerte, Stone.

—No es nada nuevo para mí. Nunca me ha abandonado.

—Tiene usted razón —convino Catham—. No he conocido a nadie con mejor racha que usted, y nosotros mismos le vamos a brindar la oportunidad para que siga vanagloriándose de ello.

—¿Sí? —murmuré interesado.

Catham dio la vuelta a la mesa y se apoyó en el borde más cercano a mí.

—Usted mismo juzgará, Stone —prosiguió—. No nos ha hecho hasta ahora más que daño. Durante años ha tratado de cruzarse en nuestro camino. Nos ha molestado cuando le ha sido posible, y nosotros nunca se lo hemos tomado en cuenta. Tratamos de ayudarle a labrarse un porvenir y usted fue tan estúpido que rechazó todas nuestras sugerencias. No se contentó con eso, sino que mató a Jack Klein. Hemos tenido toda la paciencia del mundo con, usted, pero nos llegó a cansar y decidimos quitarlo de en medio. Ha salido airoso de todas las trampas que le hemos tendido, pero supongo que será objetivo y que se dará cuenta de que tarde o temprano, usted caerá como todos caen.

Hizo una pausa y luego prosiguió:

—Mató al hermano de Donald y ha añadido a su lista de víctimas la de esos chicos que pusimos tras sus talones. Es usted duro, no lo vamos a negar, pero una onza de plomo lo mismo acaba con la vida de un gigante que con la de un pigmeo. ¿Está de acuerdo?

—Desde luego —asentí con la cabeza—. Todo lo que ha dicho hasta ahora son verdades. ¿Qué más?

—Mis amigos y yo discutimos el asunto y hemos llegado a la conclusión de que podemos hacer un arreglo con usted.

—¿Un arreglo conmigo? —repetí.

—Le asombra, ¿verdad, Stone?

—Confieso que sí, pero me gustaría saber acerca de ese arreglo.

—Es la mar de sencillo. Nosotros le ofrecemos cierta cantidad y usted abandona la ciudad.

No estaba preparado para aquel insospechado giro que tomaba el asunto y me quedé perplejo. El propio Catham se dio cuenta de ello y dijo:

—Mis amigos y yo somos humanos, Stone. En los tiempos que corremos se debe ser así si uno quiere prosperar. Alguien dijo una vez que con una inteligencia flexible uno podía salir adelante en la vida.

—Y ustedes tres poseen una gran flexibilidad...

—Le damos la prueba dejándole marchar cuando lo tenemos en nuestras manos —intervino Degarmo.

Miré a Randall.

—¿Usted también está conforme con ese acuerdo?

—Sí. Aunque hubiese preferido verlo muerto.

—La vida es así, Stone —dijo nuevamente Degarmo—. ¿Ve usted?, el amigo Donald tiene especiales motivos para verlo a usted pudriéndose bajo la tierra, pero el negocio está por encima de todos los sentimientos, incluso del odio.

Catham dio la vuelta a la mesa, abrió un cajón, y de él extrajo un pequeño cofre. Lo abrió y sacó un fajo de billetes que arrojó sobre la mesa hacia mi lado.

—Ahí tiene, Stone. Cuéntelo.

Me acerqué lentamente a la mesa, cogí el fajo y fui contando los billetes con parsimonia. Había quince de los grandes.

Levanté los ojos y fui mirando a las alimañas una a una.

—Es una buena cantidad —comenté finalmente.

Degarmo vino hacia mí y me dio una palmada en la espalda.

—Desde luego lo es —contestó—. ¿Cuánto tiempo hubiese necesitado para ganarlo con su insignia de policía?

—Nunca hubiese podido ahorrar esta cantidad —repuse—. Sólo nos pagan para ir tirando.

Lanzó otra carcajada.

—Puede considerarse satisfecho. Lo han puesto de patitas en la calle y ahora es cuando empieza a brillar su estrella. ¿Y todo por qué, Stone? —hizo una pausa mostrándome las palmas de las manos—. Por irse de la ciudad, nada más que eso. Por abandonar un maldito poblacho de treinta mil habitantes. Ni siquiera resultará un sacrificio para usted teniendo ese dinero encima. Ahora podrá irse a Nueva York, o a Chicago, o a cualquier otra ciudad. ¡Cómo le envidio, muchacho! Si yo me encontrase en su lugar, ¿sabe lo que haría, Stone?

—¿Qué es lo que haría?

—Atraparía a la primera morena que se cruzase en mi camino, pero ya me entiende, una que fuese un bombón, y le dejaría que oliese la pasta —sonrió mostrando sus dientes manchados de nicotina—. ¡Eso es a lo que yo llamo vivir! Y después de la morena, habría una rabia y una pelirroja. Quince mil dólares dan para eso y para mucho más.

Se hizo un gran silencio en la estancia.

—Es lo que usted haría —repetí.

—Sí.

—Pero yo no voy a hacer nada de eso.

Vi reflejada en sus rostros la sorpresa que les producían mis palabras.

Degarmo entrecerró los ojos.

—¿Qué es lo que está pensando, Stone?

Había una salvadera junto a la mesa. Estaba llena de agua y sobre la superficie se había deshecho la punta de un cigarrillo. Golpeé el mazo de billetes con la palma de la mano y luego lo arrojé sobre la salvadera.

No fallé el tiro. El fajo cayó de punta en el mismo agujero y luego se dobló quedando bajo el agua.

En la estancia se hizo un silencio de muerte.

CAPÍTULO VII

Bill Degarmo soltó un rugido y se dispuso a descargar otra vez su mano contra mi cara, pero esta vez me pilló prevenido y lo cacé con un terrible rechazazo en el estómago, doblándose como si fuese a partirse en dos. Entonces le pegué en la nuca y cayó de bruces golpeándose la cara contra el suelo.

Kid llegó corriendo, y, aunque pudo haber disparado, no lo hizo pensando seguramente que con pegarme un culatazo me dejaría fuera de combate.

Cogí la silla que tenía más cerca y la volteé hacia arriba en el momento en que Kid caía sobre mí.

El silletazo hubiese roto las costillas a cualquiera, pero Kid no era un hombre corriente.

Mi improvisada arma se hizo astillas, pero había conseguido lo principal, detener en su carrera a Kid, el cual, lento de reflejos, se había quedado inmóvil. Ello me permitió pegarle una patada en la mano, aunque hubiera de saltar para ello. La pistola se le escapó de los dedos y voló hacia un lado de la habitación. Yo corrí tras ella como un jugador de *rugby* que busca la posesión de la pelota en el momento decisivo del partido. La cogí antes de que tocase el suelo y me volví rápidamente.

Todo había sucedido en cinco segundos y ahora Catham, Randall y Kid se preguntaban parpadeantes cómo había podido yo realizar aquel trabajo.

Bill Degarmo no se preguntaba nada. Continuaba durmiendo boca abajo.

Respiré profundamente y sonreí al grupo.

—¿A quién se le ha ocurrido la brillante idea de pagarme quince mil dólares por verme lejos de la ciudad?

—Fue cosa mía —contestó Catham.

—Ustedes, pese a toda la verborrea de Degarmo, no ven más allá de sus narices. No pueden haber pensado una cosa así. Decidieron mi muerte y trajeron un par de pistoleros para llevar a cabo la ejecución. Yo, sin darme cuenta, precipité los acontecimientos

liquidando a su hermano, Randall. Intentaron darme mi ración de plomo, pero la recibió mi amigo Chips. Luego fui a visitarle a usted, Randall, y unos cuantos muchachos pretendieron liquidarme en la carretera, pero tampoco lo consiguieron porque yo les mandé al infierno para que formen allí un alegre coro. Vengo aquí y ¿qué es lo que me encuentro?

Hice una pausa en obsequio de Degarmo, porque acababa de recobrar el conocimiento y se estaba incorporando.

Sacudió la cabeza de un lado a otro y escupió sobre la alfombra. Yo entonces proseguí:

—De pronto me es conmutada la sentencia de muerte. Se me ofrecen quince mil dólares por dejar la ciudad. Es un bonito plan, pero me cuesta mucho digerirlo. Ayúdenme ustedes a tirar de la madeja.

—Usted es un loco —dijo Degarmo—. ¿Qué es lo que tiene dentro de la sesera? No conozco a ningún hombre que pueda rechazar quince mil dólares estando en su sano juicio. ¿Es que todavía no se ha enterado, Stone? Le estábamos perdonando la vida y además de ello le entregábamos dinero para que disfrutase una buena temporada.

—¿A quién se le ocurrió, Bill? —le pregunté.

—Ya le he dicho que fue cosa nuestra. Joe, Donald y yo sabemos defender nuestros intereses. Pensábamos que si nos deshacíamos de usted la cosa podía traernos malas consecuencias. Podrían venir periodistas de fuera del estado a revolverlo todo.

—¿Y por qué no lo pensaron antes, cuando trajeron a su pareja de pistoleros para ultimarme?

—Entonces lo podíamos haber despachado sin ninguna preocupación, pero cayó Nick Randall, luego Chips

O'Malley

, y por último ha ocurrido lo del coche. Son demasiadas muertes aun para nosotros. Una publicidad de esa clase no nos conviene. Ésa es la verdad y no trate de inventar otra por su cuenta.

En ese instante sonó el timbre del teléfono. Todos dirigimos la mirada a él. Catham dio dos pasos para coger el auricular.

—¡Manténgase quieto, Catham! —le ordené.

Frenó en seco y yo entonces pasé por frente a ellos, me puse junto a la mesa y cogí el micro, llevándomelo al oído.

—¿Sí? —dije.

—¿Catham? —preguntó una voz.

—El mismo.

—Le habla el juez Peterson.

—¿Qué quiere, juez?

—Hablarle acerca de ese empleado suyo que el otro día atropelló a un niño en la calle Mayor.

—Le escucho.

—Me ha visitado el abogado de la parte contraria para comunicarme que están dispuestos a transigir si se les entrega una indemnización de mil trescientos dólares. Creo que su postura es muy razonable y que ustedes deben aceptar. ¿Está conforme?

—De acuerdo, juez.

—En tal caso comunique a su abogado el arreglo y diga que comparezca en mi despacho mañana a las diez.

—Descuide, señor Peterson, así lo haré.

—Buenas noches, señor Catham.

—Hasta la vista, juez.

Colgué el auricular en la horquilla y miré a Catham, el cual estaba furioso.

—¡Haré que le cueste caro eso, Stone! —exclamó.

—¿Por qué, Catham?

—Ha suplantado mi personalidad y tengo tres testigos para probarlo.

Le sonreí divertido.

—Sería curioso, Catham —dije—. Usted tratando de conseguir algo por vía legal. Darían una buena representación en la sala del tribunal. Los ciudadanos estarían dispuestos a pagar su entrada por presenciarlo.

—¡Déjese de historias! ¿Qué es lo que quería el juez?

Me quedé un rato pensativo y finalmente dije:

—¿Alguno de sus empleados tuvo algún contratiempo la semana pasada?

Intentó recordar y finalmente dijo:

—Uno de los chicos de la mesa de bacarrá intentó largarse con quinientos dólares, pero sólo logró llegar hasta Detroit. Allí lo consiguieron cazar y lo trajeron de nuevo aquí. —¿Sólo eso?

—Nada más.

—El juez habló de que uno de sus empleados atropelló con el automóvil a un niño hace cuestión de unos días.

—Oh, sí, claro. Es cierto.

—¿Y se le había olvidado a usted?

—Uno no puede pensar en todo. Además el chiquillo sufrió solamente unos rasguños.

Lo confié todo a mi abogado. ¿Qué le dijo el juez?

—Pregúnteselo cuando yo me haya ido. Nunca me ha gustado actuar de mandadero.

Kid intentaba meterse la mano en el bolsillo en busca de la pistola que me había quitado.

—Nada de eso, diplomados —le advertí—. ¿O es que quiere morir de una indigestión?

Me alejé de nuevo de la mesa y apoyé el cañón de la pistola en la espina dorsal de Kid. Extraje el arma que había pertenecido a Geo y me la guardé. Luego, retrocedí hasta la puerta.

Bill Degarmo apretó los dientes con fuerza y dijo:

—¿Así que no piensa marcharse de la ciudad?

—Ahora menos que nunca. Esto se ha puesto muy interesante. No me perdería el final por nada del mundo.

—Sólo habrá un final y creo que no le va a gustar mucho.

—Mire cómo tiemblo. No me llega la camisa al cuello.

—Ahora no tendrá escape, Stone. Se acabaron las transacciones. Terminará en la carretera, en un callejón oscuro o en su propia casa, pero esté seguro de que terminará.

Sabía que no hablaba en vano. El era el más adecuado para llevar a cabo aquella amenaza. Catham y Randall estaban al frente de sus respectivos negocios, y Degarmo se ocupaba de la labor más difícil. Era algo así como el jefe de las fuerzas de choque, el que imponía el orden, el que se las entendía con los traficantes de drogas, el que se encargaba de dar publicidad a la Maison Doré. En fin de cuentas, el elemento más dinámico de la organización, el verdugo mayor de la misma.

—Ahora escúchame bien, Bill —dije con voz opaca—. No os puedo matar aquí, a sangre fría, porque me acusarían de asesinato. A mi entender no cometería ningún crimen, puesto que os habéis hecho merecedores de mil muertes, pero no tengo más remedio que respetar las leyes que han sido votadas por la comunidad; pero os

liquidaré lo mismo que hice con Jack Klein y Nick Randall y los alegres muchachos del coche, en cuanto me vea amenazado.

—La próxima vez no tendrá oportunidad siquiera de sacar la pistola.

Abrí la puerta sin volverme y entonces dije:

—Veremos cuál de los dos lo cuenta.

Salí fuera y cerré con fuerza al tiempo que guardaba la pistola de Kid.

En el bar me esperaba Muriel. Palmer no estaba ya con ella.

—¿Cómo tardaste tanto? —preguntó con un mohín de contrariedad.

Le quité el vaso de *whisky* que tenía en la mano y bebí un largo trago.

—Negocios —contesté—. ¿Y tu admirador?

—Lo mandé a paseo. Es un tipo que me pone nerviosa.

Sus ojos brillaban más que antes. Debía de haber estado bebiendo desde que me separé de su lado.

Dirigió una mirada a su alrededor y dijo:

—¡Oh, esto está la mar de aburrido, Alan! Vamos a mi casa.

—No puedo acompañarte ahora.

—¿Por qué? Creí que te habías quedado sin trabajo.

—Se trata de arreglar una pequeña cuenta pendiente. No tardaré mucho. Pórtate como una buena chica y podremos disfrutar de esas vacaciones en Los Angeles.

—No te dejaré solo —dijo, colgándose de mi brazo—. Me ha costado mucho tiempo conseguir que me prestases atención.

Se puso de puntillas y me besó en la comisura de los labios.

En aquel momento, un botones pasó por frente al bar anunciando con voz discreta que llamaban por teléfono al señor Stone, Alan Stone.

El corazón me dio un vuelco.

¿Quién podía llamarme? Solamente podía salir de dudas yendo a la cabina. Palmeé en la mejilla a Muriel pidiéndole nuevamente que me esperase, y después de hablar con el botones, éste me guió hasta la cabina. Me metí dentro y cerré la puerta. El auricular estaba descolgado sobre un triángulo de madera y cogí aquél.

—Aquí Stone. ¿Quién llama?

—Soy Crys, Alan.

—¿Cómo has dado conmigo?

—Llamé a la estación de servicio donde te dejé y el hombre que se puso me indicó la dirección que habías tomado. Hice unas cuantas preguntas a una compañera y deduje que como te gustan tanto los líos estarías en la Maison Doré.

—Podrías llegar a ser una buena detective.

—¡Oh, Alan! ¡Déjate de bromas! Estás en un apuro.

Habría soltado una carcajada al oír aquello, pero no tenía ganas y ella prosiguió:

—El capitán Brady estuvo aquí a verme. Cuando pasé por el lugar del accidente sólo me tomaron la matrícula, pero luego el capitán ha recogido todos los informes y le pareció raro que después de actuar en el club de Randall fuese a dar un paseo con mi automóvil cuando tenía que cantar otros números. No tuve tiempo de esconder el coche y lo dejé abajo. Naturalmente, Brady ha observado el cristal roto y ha sacado sus conclusiones. En resumen, ha venido a verme a mi camerino. Dijo que era una visita de cumplido, pero lo que hizo fue interrogarme.

—¿Acerca de qué?

—Sobre la persona que me acompañaba. Yo le dije que iba sola, pero no se lo creyó. Como tú desapareciste del club aproximadamente a la misma hora, tiene la seguridad de que íbamos los dos en el coche. Brady intenta disimularlo, pero está muy furioso. Cuatro muertos en un mismo día es mucho más de lo que él puede soportar.

Me imaginaba la cara que tendría Brady.

Yo le había buscado en pocas horas más preocupaciones que las que se acumulaban en el Departamento durante todo un año, pero lo mejor del caso era que pensaba seguir preocupándole.

Continué oyendo la voz de Crys.

—Brady ha ordenado que revisen bien los restos del coche. Descubrirá que el reventón del neumático no fue casual y... bueno, Alan, creo que te harán pasar otro mal rato.

—Gracias, pequeña. Te has portado bien.

—¿Te vas a quedar ahí?

—No. Me disponía a salir ahora mismo. No quiero ver a Brady por ahora.

—¿Adónde te diriges?

—No lo sé todavía. Aún he de pensarlo.

Hubo un largo silencio. Luego:

—Quiero estar contigo, Alan.

Lo dijo con una voz especial y sus palabras fueron como una brisa fresca que me acariciase.

—No puede ser, Crys.

—Será mejor que me aceptes, o de lo contrario...

—¿Qué?

—Me lanzaré a buscarte por todas partes.

¿De dónde había sacado ella aquel valor? Los años me habían devuelto a una Crys distinta a la que se separó de mí para vivir su vida.

—¿Estás ahí, Alan?

—Sí.

—Me preguntaste por qué había regresado.

—Lo recuerdo.

—Mi contestación no fue sincera.

—¿Cuál es entonces la verdadera respuesta?

—No me hubiese atrevido a decírtelo cara a cara —hizo una pausa—. Ha sido por ti, Alan. He vuelto por ti.

—No es necesario que me mientas para darme ánimos, pequeña.

—¡No se trata de darte ánimos! —Casi gimió—. ¡Es la verdad!

¡Infiernos! ¿Qué clase de párvulo era yo? ¿Es que porque ella me dijese aquello se me iba a formar un nudo en la garganta?

Carraspeé suavemente para desatarlo y dije:

—Han pasado cinco años, Crys. Tú no puedes sentir ya nada por mí.

—Estás nuevamente equivocado... ¡te quiero!

¡Y tenía que ocurrir así! Cuando yo tenía detrás de mí a toda una jauría, cuando mi vida no llegaba a valer ni el precio de los zapatos que llevaba puestos.

Oí sus sollozos.

No, no tenía ningún derecho a decirle que yo no la había olvidado en todo ese tiempo, que para mí había seguido siendo mi chica, que no había habido otra.

Consulté mi reloj. Faltaban veinte minutos para las doce de la noche. El autobús salía a las siete. Yo había rechazado la oferta que me habían hecho en el despacho de Catham. Había pulverizado toda oportunidad de escapar y ocupar un asiento, de gastar aquel billete que el Estado me pagaba, y no podía tampoco dejar tras de

mí a una mujer que llorase mi recuerdo. Crys encontraría pronto a otro hombre y, entonces empezaría una nueva vida.

Respiré profundamente porque tenía la sensación de que me estaba ahogando, y luego dije por el micro:

—Yo no te pude esperar... Crys... cuando te fuiste perdí toda esperanza y... existe otra mujer. Alguien a quien quiero y de la que no me alejaría por nada del mundo. Ella viene conmigo...; no te lo dije en el coche porque pensé que no tendría ocasión de hablar otra vez contigo... porque creí que tú habías regresado solamente para echar un vistazo a la ciudad.

Continuó sollozando.

—Buena suerte, pequeña.

No esperé más y colgué. Me quedé un rato inmóvil y de pronto golpeé con el puño cerrado contra la pared. No sentí siquiera el dolor.

Debieron pasar un par de minutos más, y de pronto alguien abrió desde fuera la puerta. Era un tipo que había cargado más de la cuenta y quería hablar con su mujer. Intentó explicarme que no pasaba la noche en su casa por motivos relacionados con sus negocios, pero yo no escuché nada.

Al salir de la cabina, una rubia y una morena me sonrieron. Aquél era el negocio del tipo.

No necesité regresar al bar porque Muriel me estaba esperando cerca del guardarropía con un abrigo de visón sobre los hombros.

—¿Tienes el coche fuera? —le pregunté.

—Sí, claro.

—Vamos.

Salimos cuando a lo lejos se oyó una sirena policiaca. El capitán Brady llegaba en mi busca.

Ocupé el lugar del volante y apenas dejé que Muriel se sentase, sino que arranqué y ella soltó un grito al caer hacia atrás.

Naturalmente, Brady se hubiese contentado con invitarme a traspasar la línea del Estado para pasar a su jurisdicción, pero yo necesitaba entrar sin su compañía, pues era allí, en mi podrida ciudad, donde tenía que ventilarlo todo.

CAPÍTULO VIII

Hice girar el volante y el coche tomó una curva sobre dos ruedas. La carrocería protestó, pero volvimos a la horizontal. A Brady le llevaría algún tiempo cogerme. No había querido huir en el coche que había tomado prestado a Rex Llanos, porque indudablemente él habría comunicado a Brady, a su paso por la estación de servicio, que yo lo había robado y ya tenía bastante con lo que pesaba sobre mis espaldas para que también me considerasen como un vulgar ladrón de coches. Invertimos pocos minutos en llegar ante la puerta de hierro del jardín que rodeaba la casa de Muriel. Pegué un frenazo y la joven gritó de nuevo. Luego se quedó mirándome y dijo:

—¿Qué significa esto?

—He cambiado de idea. Acepto ir a Los Angeles, pero ha de ser si vienes conmigo mañana en el autobús.

—¡Estupendo, Alan! ¿Por qué no te quedas y dejas de jugar con tus antiguos compañeros?

—Me gusta esta clase de juego. Está a punto de terminar. Puedes dormir un poco, pero yo vendré antes de las siete de la mañana.

Permaneció indecisa unos segundos y finalmente se encogió de hombros y salió del coche.

—Eres el único hombre que no comprendo. Pero ya sé que intentar convencerte es como golpear un muro con la cabeza. Buena suerte y, por favor, vuelve entero. No me agradaría que te dejases alguna pieza en la aventura.

Me lanzó un beso al aire y se volvió. Llegada ante la puerta abrió el bolso para sacar la llave, pero yo no esperé a verla entrar en la casa. La delantera que había sacado a Brady me producía una apreciable renta y no estaba dispuesto a perderla. Seguí adelante como cosa de seis millas y al llegar a una bifurcación tomé la pista de la izquierda. Ello quería decir que muy pronto volvería a encontrarme en el Estado en donde yo había sido teniente de la Brigada de Represión del Vicio. Se trataba de una carretera secundaria cuyo pavimento dejaba bastante que desear por lo que los automóviles

apenas hacían uso de ella. No encontré dificultades en mi camino. Minutos más tarde estacionaba el coche junto a la casa del fiscal Williams.

En ninguna ventana de la casa había luz.

La puerta del jardín estaba cerrada con llave, pero yo la eludí saltando la valla. Pisé la blanda hierba y luego seguí por un camino arenado que me condujo a un pórtico. Pulsé el timbre y esperé unos minutos. Se oyó un ruido en el piso superior y una ventana quedó abierta. Retrocedí bajando los peldaños y miré hacia arriba. Williams estaba asomado a la ventana.

—¿Quién es? —preguntó.

—Alan Stone, fiscal.

—¿Qué es lo que quiere?

—Necesito hablar con usted.

—¿A estas horas? Usted se ha vuelto loco.

—No le puedo ver en otro momento. ¿Acaso no recuerda que me dio un billete para el autobús de las siete?

—Usted y yo no tenemos nada de qué hablar.

—Es lo que usted cree. ¿O es que prefiere que me marche a Columbus y comunique Jo que sé a un periódico de allí?

Durante un rato guardamos silencio. Meditaba mi amenaza. Finalmente aceptó de mala gana.

—Está bien, Stone. Ahora bajo.

Al cabo de un par de minutos abrió la puerta. Se había puesto encima del pijama un batín color granate. Tenía el cabello revuelto y en su rostro reflejaba el mal humor que le producía mi visita.

Me hizo pasar a un saloncito discretamente decorado y me indicó un sillón para que me sentase. El se fue a un bar que había en un rincón y se preparó un *whisky* sin que se dignase preguntarme si aceptaba un trago.

—Ya puede empezar —dijo con voz impaciente.

—¿De qué parte está usted, fiscal?

Me miró con los ojos fruncidos.

—No sé qué quiere decir, Stone.

—Quisiera saber si está usted dispuesto a defender los intereses de la comunidad o los de cierta camarilla.

Su cara fue perdiendo el color natural, dando paso al rojo, que hizo juego con el de su batín.

Debiera encerrarle por decir eso, Stone. Soy un funcionario público, una de las piezas más importantes en el engranaje de la administración de justicia.

—No está en un mitin electoral, fiscal —lo atajé—. Baje de la nube en que se encuentra y deje esas monsergas para mejor ocasión.

Ahora se puso morado.

—¡Repita otra impertinencia y le prometo que le daré oportunidad para arrepentirse! —gritó.

Le sonreí para que se convenciese de que me tenía sin cuidado su amenaza.

—Bien, voy a serle sincero, fiscal —murmuré—. Tiene sus defectos como todo el mundo, pero supongo que, a su manera, trata de cumplir con su deber.

—¿Ha venido solamente a decirme eso?

—Y algo más. Era un prólogo necesario. Tal como veo las cosas, uno tiene que andar con pies de plomo antes de iniciar una conversación como la que le voy a plantear.

—Adelante, Stone.

—Usted sabe tan bien como yo lo que viene ocurriendo aquí desde hace cinco años. Ya sé que sólo lleva un año y medio ejerciendo su cargo de fiscal, pero antes de que resultase elegido ejercía la abogacía. No se le pasaría por alto ninguno de los hechos vergonzosos que luego ha tenido que estudiar en las carpetas. Juego, drogas, trata de blancas, una estupenda gama de delitos son explotados en esta ciudad. No somos más de treinta mil habitantes, pero de acuerdo con las estadísticas del departamento de tráfico de la policía, tenemos en nuestra localidad más de quinientos visitantes diarios. Eso da un promedio de doscientos mil turistas al año, que se dejan en nuestro pueblo y sus alrededores, especialmente en la Maison Doré, una cifra superior a los cinco millones de dólares —hice una pausa—. Una buena cantidad. ¿No le parece?

—Sí, creo que es una suma respetable.

—Esos cinco millones, casi íntegros, van a parar a manos de los desaprensivos que tienen montada una estupenda organización del vicio —me levanté y empecé a pasear por la estancia—. La noticia de que en nuestra ciudad consentimos diversiones sin ninguna cortapisa, ha corrido por todos, los Estados limítrofes. Existe ya una

clientela fija que viene aquí a aplacar sospechosos apetitos que no pueden satisfacer en sus localidades de procedencia. Usted quizá haya tratado de barrer toda esa basura, pero lo ha querido hacer blandiendo la ley en la mano y entonces se ha encontrado envuelto en una red de la que no ha podido escapar. Poco a poco ha ido perdiendo las ganas de luchar e incluso se habrá dicho a sí mismo que, después de todo, si la gente encontraba divertido que la explotasen, usted no tenía por qué impedirlo.

Williams no pudo sostener la mirada que le dirigía y la bajó, fijándola en el vaso que tenía en la mano.

Al cabo de un rato de silencio dijo:

—He probado a acabar con esto, pero ha sido superior a mis fuerzas. Usted no puede tener una idea de la influencia de esa gente. Llega a todas las esferas, aunque ellos se encuentren en la más baja. Una y otra vez he creído encontrar algo que podía ser suficiente para hacerles tambalear. Entonces han empezado su trabajo echando mano a toda clase de recursos para entorpecer mi actuación. Conferencias telefónicas, llamadas, visitas, palabras suaves pero amenazadoras. ¿Sabe una cosa, señor Stone? Tengo esposa y cinco hijos. Vivo solo desde hace seis meses. Envié a mi mujer y los niños a California. A mis amigos les he dado el pretexto de que el médico aconsejaba un cambio de aires, pero la verdadera razón es que llegué a preocuparme por ellos cuando cierta vez, al detener a un sospechoso de la trata de blancas, recibí una llamada telefónica diciéndome que soltase el prisionero si quería conservar íntegra mi familia —dejó el vaso sobre la mesa y se sentó en un sillón sujetándose la cabeza con las manos—. A veces me siento como un prisionero, Stone.

—Bien, fiscal. Esta noche tendrá la oportunidad de dejar de serlo. Me observó con cierta perplejidad.

—¿Qué quiere decir?

—Usted no ha podido adelantar nada porque siempre ha cogido a uno de los peones, pero ¿qué le parece si echase mano al rey? ¿Qué pasaría si usted tuviese entre barrotes a la persona que usa de toda esa influencia, a la persona que paga a esos abogados, a la que se embolsa la mayor parte de los cinco millones anuales?

Sus labios se estremecieron.

—¿Sabe quién es?

—Puedo saberlo antes de una hora.

—¿Cómo lo va a lograr?

—Si se lo dijese no daría su aprobación. Será mejor que lo ignore.

—Piensa emplear la violencia.

—Es posible.

Williams se puso en pie y caminó hacia la ventana. Al cabo de unos minutos se volvió.

—Estoy con usted, Stone —dijo.

Le sonreí.

—De acuerdo, fiscal. Vaya al despacho del capitán Brady y espere allí mi llamada. Procure tener con usted a veinte o treinta policías. Serán necesarios.

—¿Y si usted no llamase?

Observé durante unos segundos sus ojos y me dirigí hacia la puerta. Con la mano en el tirador me volví.

—En tal caso me temo que su esposa e hijos tendrán que prolongar su estancia en California.

Salí fuera.

Cuando abrí la llave de contacto del coche e inicié la marcha, Williams estaba en el pórtico con las manos en los bolsillos del batín tan inmóvil como la columna que tenía al lado.

CAPÍTULO IX

La siguiente parada fue en un bar de cuarta categoría. En el local no había más que borrachos y mujeres de triste aspecto. Al fondo, una cabina de madera carcomida. Me metí dentro y marqué el número del *Guardian*. Una voz de hombre me preguntó qué quería.

—¿Se encuentra ahí el director? —inquirí a mi vez.

—Sí.

—¿Quiere ponerme con él?

—No se le puede molestar.

—Es urgente —le insistí.

—Dígame quién es y para qué le necesita.

—Cuéntele que se trata del asunto de los tres hombres que murieron en el coche esta noche y ya verá cómo me atiende.

Vaughan tardó un rato en ponerse.

—¿Quién está ahí? —Fue lo primero que me preguntó.

—Soy Alan Stone, señor Vaughan —le anuncié.

Me di cuenta de que el oír mi nombre le producía cierta sorpresa.

—¿Qué desea, señor Stone?

—Quería asegurarme de que estaba ahí.

—¿Para qué?

—Para hablarle de cierto asunto que le interesa a usted.

—Lo siento pero no hay ningún asunto que podamos tratar usted y yo.

—Es lo que usted cree. Se convencerá de lo contrario.

—Me marchaba ya a dormir, señor Stone. Cené con unos amigos y no me encuentro bien. Quizá en otra ocasión...

—¿Es que no se acuerda de que me marché en el autobús de las siete? No habrá otra ocasión, señor Vaughan. Espéreme. No tardaré más de diez minutos.

Colgué sin aguardar su respuesta pero yo sabía que cuando llegase allí lo encontraría.

Estacioné el coche frente al edificio que ocupaba la redacción del *Guardian*, y permanecí unos minutos sentado ante el volante mientras encendía un cigarrillo. Mis ojos no estaban quietos. Se

movían. Era la calle mayor del pueblo y estaba bien iluminada.

Un hombre pasó por la acera de la derecha sosteniendo a una mujer la cual reía con todas sus fuerzas, tambaleante. Un poco más allá, un tipo se había sentado en el bordillo. Debía de encontrarse mal, porque se sujetaba la cabeza con las manos como si temiera perderla.

Había una docena de coches aparcados pero me era difícil ver desde mi posición si en alguno de ellos había gente dentro.

Acaricié la pistola y salté fuera. Crucé tranquilamente la calle y una vez ante la puerta de la casa miré otra vez a derecha e izquierda. En el vestíbulo me preguntó un empleado qué quería. Le dije que me estaba esperando el director y le di mi nombre. Debía de haber sido previamente avisado, porque enseguida me acompañó hasta el ascensor.

Salí de la jaula en el segundo piso. En el corredor había un hombre en mangas de camisa, apoyado en la pared. Lo había visto dos o tres veces por la calle pero no conocía su nombre.

—Mi nombre es Curtis, señor Stone —me sonrió ofreciéndome su mano.

—¿Me conoce? —inquirí, cambiando un apretón.

—Es usted un personaje célebre en la ciudad. Hace poco que estoy aquí y mi deseo hubiese sido trabajar como periodista, pero el señor Vaughan se empeñó en que tenía que empezar por abajo. Ya sabe. Soy algo así como el chico de los recados.

Me resultó simpático. Mientras recorríamos el pasillo, dijo:

—Siento mucho lo que le ha ocurrido.

Me detuve mirándole. Era poco más o menos de mi talla, pero estaba por los veintiún años y yo le llevaba, más de diez kilos de peso.

—¿Por qué lo sientes, Curtis? —pregunté.

Se quedó un rato pensativo y luego contestó:

—Creo que usted mató a esos dos hombres en legítima defensa y que ahora le echan porque tienen miedo de que les busque complicaciones.

—Gracias, Curtis. Creo que llegarás lejos, pero ten un poco de cuidado al exteriorizar tus pensamientos. Vivimos en un mundo en que la sinceridad es considerada como una falta grave.

Habíamos llegado ante una puerta de vidrio esmerilado en el que

estaba grabada la palabra «Dirección».

—He terminado ya el trabajo, señor Stone. ¿Aceptará una copa después que haya hablado con el señor Vaughan?

Aquel muchacho no sabía que yo era un barril de dinamita y que en cualquier momento podía hacer explosión. Si él estaba cerca de mí también saltaría en pedazos por el aire.

—Espérame en el bar de Bill Smith, que está unas tres manzanas más arriba —le dije.

No pensaba ir, desde luego, pero era la única forma de alejarlo. Me tendió la mano otra vez sonriente y nos despedimos.

Mientras se alejaba por el corredor abrí la puerta. Casi tropecé con un hombre grueso que tenía un lápiz a caballo en la oreja. En su mano derecha mostraba un montón de pruebas.

—¿El señor Vaughan? —pregunté.

—Oh, sí. Lo encontrará en su despacho.

Yo pasé al interior y él se fue por el corredor. Al fondo había una puerta abierta de par en par y en el hueco estaba Vaughan, el cual me miraba ceñudo.

—¿Quiere pasar, señor Stone? —me invitó.

En su despacho solamente había una luz encendida: la de su escritorio. Se sentó en un sillón y dejó que yo me acercase por el otro lado de la mesa.

—Le ruego que sea breve, Stone —dijo—. Ya le advertí que quiero marcharme a casa. Me siento indispueto.

Eché una mirada atrás. La habitación era espaciosa, pues no se veía el final, que estaba envuelto en tinieblas. Volví los ojos a Vaughan. Se había echado sobre el respaldo, esperando.

—Supongo que ya sabrá que no acepté —dije.

—¿El qué no aceptó, señor Stone?

—La oferta que usted llevó a la Maison Doré.

Sus cejas se enarcaron.

—No sé de qué me está hablando, amigo.

—Lo sabe perfectamente, y no soy su amigo.

Se levantó de un salto pero yo me eché sobre la mesa y le obligué a sentarse de nuevo de un manotazo. Luego me acodé sobre una carpeta para tener cerca su cara.

—Usted le dijo a Catham que me ofreciese quince mil dólares por salir de la ciudad.

—Ha perdido el juicio, Stone.

—No, Vaughan. Sólo he perdido una insignia y fue porque gente como usted se lo propuso.

Se humedeció los labios con la lengua.

—Comprendo que esté resentido, Stone, y ello le haga ver cosas que no existen, pero cuando examine la situación fríamente se dará cuenta de que yo me he limitado a cumplir con mi obligación. Es cierto que el *Guardian* ha hecho una campaña contra usted pero no fue cosa de nosotros, sino de los lectores. Basamos nuestras editoriales en el sentir popular.

Sentí asco al oír aquella verborrea. Era típica de Vaughan y por ello había llegado a sentarse en aquel sillón.

—Escuche, Vaughan —murmuré, poniéndole otra vez la mano sobre el hombro—. No dudo de que habrá recibido cartas de lectores porque yo diese muerte a un par de vulgares delincuentes. En una democracia como la nuestra, donde se permite la libre expresión del pensamiento, es inevitable que existan estúpidos sensibleros. Lo sabe tan bien como yo porque para eso es periodista. Pero no se lanzó a esa campaña contra mí para dar satisfacción a unos cuantos lectores, sino porque yo me había convertido en un elemento peligroso para ustedes.

Sentí que se estremecía.

—Me estoy poniendo otra vez enfermo, Stone... —dijo.

—Lo único que tiene usted es miedo, Vaughan. Miedo porque teme que le levante la tapa de los sesos de un pildorazo, con la pistola que llevo en el bolsillo.

Desorbitó los ojos y la nuez le bailó en la garganta.

—¿Quién es el jefe, Vaughan? —pregunté.

—¿El jefe de qué?

—Le haré la pregunta de otra forma. Dígame el nombre de la persona que es dueña de este periódico.

—El *Guardian* pertenece a una entidad, usted lo sabe.

—Sí. La Compañía Editorial Minerva, una sociedad anónima.

—Exactamente. Su capital está suscrito por acciones. ¿Lo ve? No puede haber nada personal contra usted, Stone.

—Las acciones de las sociedades las compran las personas de carne y hueso, y la que ostenta el mayor lote de ellas es la que tiene el control. ¿No es así, Vaughan?

Se mordió el labio inferior y sacudió la cabeza de arriba abajo, nerviosamente.

—Estupendo, Vaughan. Ahora sólo falta que me diga cuál es el nombre de la persona que controla el *Guardian*.

—No lo sé.

Alargué la mano y lo cogí por el cuello de la camisa.

—Dígalo, Vaughan.

Se le habían ido acumulando gruesas gotas de sudor en la frente y ahora se unían unas a otras y formaban pequeños riachuelos que le corrían por la cara.

—Suélteme, Stone.

—Le soltaré cuando lo haya hecho papilla, si no me contesta de una vez.

—Llevo treinta años en el periodismo, Stone. No me busque la ruina.

—¿Cuántas vidas ha arruinado usted? Cuando alguien venía a pedirle clemencia, ¿se la concedía? Cuando ha hecho polvo una reputación sin una causa que lo justificase, ¿se preguntó el daño que iba a causar a su víctima?

Respiraba jadeante. Había dejado de ser un hombre. Era un guiñapo.

—Le pagaré bien, Stone, si me deja en paz.

—No.

—Veinte mil dólares. Es una buena cantidad.

—Conque sube cinco mil por su cuenta, ¿qué va a decir el jefe cuando se entere de eso?

—Se lo daré de aquí, de la caja, y usted no habrá de esperar el autobús de las siete. Le regalaré mi coche.

—Dando facilidades, ¿eh?

—Usted no tiene ningún porvenir aquí, Stone. Con lo que yo le ofrezco puede irse a cualquier sitio.

—Para que ustedes puedan seguir sacando producto a su negocio.

—Yo huiré también, Stone. Estoy cansado. No quiero continuar más tiempo en esta ciudad. Tengo algún dinero ahorrado. Me marcharé también a cualquier parte.

—El nombre, Vaughan —dije sacando la pistola con la mano izquierda y le enseñé el cañón.

—No lo haga —exclamó.

De pronto se encendieron las luces del centro del despacho y una voz retumbó:

—Continúe en la misma posición que está y deje la pistola sobre la mesa, Stone. Si se mueve una pulgada le coseremos a balazos. Dos armas le están apuntando a la espalda.

CAPÍTULO X

Primero dejé libre a Vaughan y luego puse la pistola sobre la mesa. Giré sobre mis talones con los brazos separados del cuerpo, para que supieran que yo no iba a intentar nada.

Allí estaban, frente a mí, los dos tipos que habían matado a Chips O'Malley

. El alto y el bajo. El primero era huesudo, de pómulos salientes, y el otro rechoncho, de tez olivácea y espeso bigote sobre el labio superior.

Debía de vestirlos el mismo sastre. Los dos se cubrían con traje negro a rayas y sombrero de fieltro oscuro. Las camisas eran blancas y las corbatas de colores discretos, y los zapatos negros como los cañones de sus pistolas, igual que sus conciencias.

—¿Dónde estaban? —pregunté.

—En la habitación de al lado.

Efectivamente, la puerta del despacho se hallaba abierta y pude observar una mesa larga y no menos de doce sillones. Era la sala de consejo de la entidad.

Vaughan resolló a mis espaldas.

—Llévenselo —dijo—. No quiero verlo aquí.

EL gordito sonrió.

—Deje de asustarse, Vaughan. Ya pasó. Este entrometido va a recibir lo suyo.

—Pero no lo harán en esta habitación —saltó.

—Claro que no —repuso el alto—. El señor Stone nos acompañará a dar un paseíto.

Me apoyé en el borde de la mesa y dije:

—Quizá no les convenga hacer eso. Todas las carreteras están vigiladas. El capitán Brady me está buscando como si yo fuese el enemigo público número uno. No podrán ir muy lejos de la ciudad.

—No se preocupe por eso —contestó el bajito—. Nos pagan para resolver casos como éste. Vamos, eche a andar hacia la puerta.

Moví la cabeza en sentido afirmativo y eché a andar mirándome la punta de los zapatos. Tenía que pasar forzosamente muy cerca del

bajo, que estaba delante de su compañero.

Un policía de la Brigada de Represión del Vicio debe su vida, en un noventa por ciento de las veces en que se encuentra en peligro, a la rapidez de su actuación.

Yo tenía que hacer algo antes de que saliese de aquel despacho. Después sería demasiado tarde. No había duda acerca de ello. Abajo me estaría esperando un coche y aquellos tipos no necesitarían recorrer mucha distancia para dejarme abandonado en la cuneta con unos cuantos orificios de bala en el cuerpo.

Apreté el puño derecho, precisamente el que ellos no podían ver, y cuando pasaba junto al regordete me volví como una centella y le golpeé en el mentón. La violencia del golpe hizo que desviase el arma en el momento en que disparaba.

El alto tampoco estaba preparado para aquella reacción mía y recibió a su compañero como un proyectil. No me detuve ni una décima de segundo. Me lancé sobre ellos y de un patadón mandé la pistola del gordo a la sala de consejos. Luego aticé al alto en el cuello con el dorso de la mano y cuando se dobló a un lado le clavé la punta del zapato en el hígado. El gordo me cogió del tobillo y tiró con fuerza haciéndome perder el equilibrio. Intentó alcanzarme con un puntapié, pero me encogí para evitarlo. Me preocupaba el otro, el que conservaba la pistola, y gateé hacia él cuando se volvía buscándome con una expresión infrahumana en el rostro.

Le hundi el puño en el estómago y al arquearse le cogí un trozo de carne por encima del ombligo y lo retorcí con todas mis fuerzas. El tipejo soltó la pistola y se dejó caer en el suelo, donde inmediatamente empezó a vomitar.

El gordito era duro y antes de que pudiese volverme me pegó con una cachiporra junto a la oreja. Lancé un aullido de dolor y salté, pero no lo hice con bastante rapidez y me alcanzó nuevamente en la cara. Sentí que mi rostro se agrietaba sobre el pómulos y rechiné los dientes porque los oídos me zumbaron entre ondas lacerantes de dolor. Creyó que me tenía cogido y rugió:

—Maldito bastardo. Vas a lamentar haber nacido.

Hinché los pulmones de oxígeno y cuando levantó el brazo para descargar otra vez la cachiporra hice evolucionar mi cabeza circularmente y el golpe se perdió el vacío. Entonces le conecté la izquierda en el plexo solar y, acompañándole en su caída, lo

fulminé con un terrible gancho a la mandíbula.

Los miré a los dos, tendidos en el suelo, exánimes.

Algo marchaba mal. ¿Qué pasaba? ¡Vaughan! ¿Por qué no había intervenido en la pelea? Sentí un estremecimiento al pensar que quizá estaba esperando el final para liquidarme si yo quedaba vencedor.

Miré hacia la mesa, Vaughan estaba inclinado, apoyando el pecho y la cabeza sobre el escritorio, inmóvil.

Me agaché para coger el revólver del escuálido y me acerqué al director del *Guardian*.

Le así de un brazo y lo eché hacia atrás. Se golpeó la cabeza contra el respaldo y luego quedó inerte.

Me miré la mano. Estaba manchada de sangre. Entonces lo comprendí todo. El proyectil que había salido del arma esgrimida por el gordito había acabado con la vida de Vaughan. Quizá había sido mejor así para él. Ocupaba un cargo importante en la comunidad y ahora se hubiese demostrado que él no defendía los intereses públicos, sino que estaba vendido a los de una poderosa organización.

Sobre la carpeta donde había estado apoyado había una cuartilla cuya mitad estaba manchada de sangre, pero la parte superior seguía en blanco. La pluma estilográfica estaba al lado. Cogí la pluma, escribí un nombre y, luego de firmar, guardé la cuartilla en el bolsillo.

La puerta se abrió de golpe e irrumpieron en la estancia tres hombres. Se quedaron atónitos al ver la escena que se ofrecía ante sus ojos.— Abran paso, amigos —dije.

Se echaron a un lado y pude llegar hasta el hueco.

—Métanse esto en la cabeza —les dije—. Yo no maté al director del periódico. Fue uno de estos tipos. Dos peligrosos *gangsters*. No tengo ahora tiempo de ocuparme de ellos. En la sala de consejos encontrarán una pistola. Deténganlos durante un rato y habrán cooperado en una labor beneficiosa para la ciudad.

Era asunto de ellos el hacerme o no caso. Mi presencia era necesaria en otro sitio y después de cerrar a mis espaldas eché a andar rápidamente.

Habían dejado el ascensor en el piso y descendí en él hasta la planta baja. Luego gané la calle.

La sangre goteaba de la herida de mi cara manchándome la camisa. Seguí calle abajo y de pronto me di cuenta de algo.

Había tenido a mi merced a los dos tipos que mataron a Chips y los había dejado vivir.

Avanzaba por la acera hacia el bar donde me esperaba Curtis y mi cerebro era un torbellino de ideas. Lo creyesen o no Peterson, Williams o cualquier otro, yo había matado a Jack Klein y Nick Randall en legítima defensa, no de una manera fría y despiadada. Por eso tampoco lo había podido hacer ahora, porque aquel par de buitres habían estado indefensos ante mí. Yo era un policía, un auténtico policía, no un asesino. Ellos eran quienes me habían llegado casi a convencer de que en mí existía algo anormal, de que la justicia era algo que yo mismo podía imponer sin esperar a que la sociedad pusiese en marcha la maquinaria que había montado para castigar al culpable.

Sentí una honda satisfacción interior. Se habían equivocado respecto a mí. No, en mí no había nada de sádico. Era simplemente un hombre que despreciaba el crimen y a los que vivían de él.

Entré en el bar y Curtis me vio enseguida.

Vino a mi encuentro y se quedó un poco perplejo al ver el aspecto de mi cara.

—¿Qué ha pasado, señor Stone? —inquirió.

—Nada que no se pueda remediar.

Algunos clientes habían vuelto la cabeza y yo cogí al muchacho por el brazo y lo saqué fuera, a la calle.

—¿Me quieres hacer un favor, Curtis?

—Desde luego que sí. ¿De qué se trata?

Saqué una de mis tarjetas de visita y una pluma, apoyé la cartulina en la pared y garabateé en ella dos números. Luego entregué la tarjeta a Curtis diciendo:

—Llama a estas dos direcciones, pero con un intervalo de quince minutos. Primero a la de arriba.

—¿Por quién tengo que preguntar?

—Por nadie. Cuando se pongan a la otra parte, en ambos casos dirás las mismas palabras. Son éstas: «Alan Stone se encuentra en casa del juez Peterson». —¿Nada más?

—Eso es todo.

Restañé con el pañuelo la sangre que me corría por la comisura de

los labios.

—¿Qué va a hacer ahora, señor Stone?

—Terminar lo que he empezado.

—¡Déjeme que vaya con usted! Quizá me necesite.

—Ya prestas tu cooperación haciendo lo que te he dicho. Ésa es la clase de ayuda que necesito de ti ahora.

—La tendrá. ¿Cuándo quiere que haga la primera llamada?

—Puedes hacerla ya.

Me volví y di dos pasos alejándome, pero de pronto retrocedí. Le palmeé afectuosamente un brazo y le hice un guiño. Luego me separé definitivamente de él.

Estaba un poco magullado por la pelea y sentía un gran cansancio.

Me detuve junto a la casa del juez Peterson. Había luz en una ventana de la planta baja.

La puerta del jardín estaba abierta y pasé al otro lado.

Subí al pórtico y apreté el timbre.

El juez Peterson frunció los ojos al verme cuando abrió. Observó el aspecto que yo ofrecía con mi traje arrugado y sucio, mi cabello revuelto y la sangre que manchaba el cuello de la camisa.

—¿Qué le ocurre, Stone?

—Tuve un tropiezo. ¿Puedo pasar?

Dudó unos segundos, pero finalmente afirmó con la cabeza.

Pasé por su lado y él cerró a sus espaldas.

—Se acuesta muy tarde, juez —le dije vuelto hacia él.

—Tengo un importante caso que resolver mañana y lo estaba estudiando.

—Comprendo.

Miré hacia el interior de la casa y él comprendió mi idea.

—Venga a mi despacho, estaremos mejor.

Cruzamos la sala de estar para llegar a la habitación que estaba iluminada. Sobre una mesa aparecía un expediente abierto.

Peterson ocupó un sillón y me invitó a que me sentase en el que estaba enfrente.

Me dejé caer en él y durante un rato permanecí callado.

—¿Cuál es el objeto de su visita, Stone?

Lo miré fijamente a las pupilas y dije:

—Vaughan ha muerto.

Noté cómo se estremecía.

—¿Muerto? —repitió.

—Sí.

Sus labios balbucieron:

—¿Lo mató usted?

—No. Acabó con él uno de los tipos que se cargaron a Chips O'Malley

.

—¿Dónde ha sido?

—En el periódico. Vengo de allí ahora.

—¿No lo ha comunicado a la policía?

—Antes tenía que hacer un par de cosas más importantes. La primera de ellas venir a hablar con usted.

—A veces es bastante extraño, Stone.

—Ya sé que mi comportamiento no ha merecido nunca la aprobación de ustedes, pero yo soy así y nadie puede hacerme cambiar, para bien o para mal.

—Le dije al fiscal que usted no se conformaría con nuestra decisión, que intentaría tomar la revancha.

Sonreí irónicamente mientras decía:

—Así pues, usted hubiese preferido meterme en la cárcel hasta el momento en que hubiese salido el autobús.

—Desde luego.

—Entendido. Yo era una persona muy molesta, alguien que en un momento determinado podía armar un buen conflicto en esta ciudad.

—Y apuesto a que eso ya ha ocurrido.

—Ganaría la apuesta, juez. Ha ocurrido.

—Y supongo que viene aquí a entregarse.

Meneé la cabeza en sentido negativo.

—No, juez. Ya le he dicho que no maté a Vaughan. No existe ningún motivo por el que yo tenga que entregarme. Esta vez he procedido tal como ustedes desean. Pude liquidar a los dos tipejos que asesinaron a Chips, pero no lo he hecho.

—En tal caso no comprendo por qué ha venido. Estamos perdiendo un tiempo precioso. El asesino de Vaughan puede huir.

Se levantó con intención de ir a la mesa donde estaba el teléfono y ya dije:

—¡Síéntese, juez!

Mi voz debió de sonar ominosa, porque se detuvo y giró la cabeza para mirarme.

—¡Siéntese! —repetí.

Obedeció lenta, muy lentamente, pero obedeció. Aproveché aquellos momentos en que no me miraba. Saqué la pistola y la guardé en el hueco del sillón.

—Cuando amanezca el nuevo día, nuestra ciudad habrá quedado limpia de toda la basura, juez —dije a continuación—. Supongo que sabe lo que quiero decir con ello.

—Podría ser un poco más claro.

—Lo haré en su obsequio. Los Randall, Catham, Degarmo y otras docenas de tipos de su especie van a desaparecer de aquí. ¿No le agrada la noticia?

—Me gustaría conocer el medio de que va a echar mano para conseguirlo. ¿Acaso va a emplear la pistola?

—No, juez. Se van a emplear con ellos métodos completamente legales. ¿No es así como debe ser?

—Exactamente, pero de todas formas no veo que se les pueda atacar desde el punto de vista legal.

Me levanté y di unos pasos por la estancia, luego me detuve y miré a mi interlocutor.

—Resulta la mar de sencillo, juez. Voy a poner en la picota a la persona que está por encima de ellos. Después todo será tan fácil como cortar mantequilla. Cuando les falte el jefe de la organización, sobrevendrá el pánico entre ellos e iniciarán la desbandada.

Tienen que estar listos para cazarlos antes de que lleguen demasiado lejos.

Hubo una larga pausa. Peterson se humedeció los labios con la lengua.

—Usted habla de un jefe. ¿Quién es?

—¿No lo sabe usted?

Peterson enrojeció hasta la raíz de los cabellos.

—No le puedo tolerar esa impertinencia —exclamó.

—Perdóneme, Señoría —dije distendiendo los labios en una sonrisa—. A veces no me doy cuenta de que mi forma de hablar puede resultar impertinente. Es un defecto común a todos los policías.

En ese instante sonó el timbre de la puerta y Peterson dio un respingo.

Yo permanecí de pie tranquilo, mirándole, y al cabo de un rato, cuando volvió a sonar otra vez el zumbador, se disculpó y echó a andar saliendo de la estancia.

Volví a ocupar mi lugar en el sillón.

Muriel Shannon entró en el despacho seguida por el juez.

—¿Estás listo, Alan? —preguntó.

Saqué el paquete de cigarrillos y prendí uno. Mariel se puso frente a mí.

Cubríase ahora con un traje sastre muy entallado que hacía resaltar su esbeltez y la prominencia de sus curvas.

CAPÍTULO XI

Seguía siendo lo mejor que yo había visto en rubias.

—¿Para qué tanta prisa, Muriel? —pregunté.

Estaba observándome la cara.

—Al fin te saliste con la tuya y peleaste, ¿eh, Alan?

—Sí. Fue una pelea bonita, en la que mi vida estaba en juego, pero logré salir del apuro.

—Bueno; en ese caso lo mejor que podemos hacer es marcharnos. Estoy viendo que si te quedas más tiempo aquí te crearás más dificultades.

—Y tú lo sentirías mucho, ¿verdad, Muriel?

—¿Te atreves a dudarlo? Te he invitado a que vengas conmigo a Los Angeles por algo, ¿no?

—Sí, y quisiera saber qué clase de sentimiento es el que te ha inspirado esa idea. ¿Ha sido por quitarme de en medio o por otra cosa?

—No te comprendo.

Pude darme cuenta de que Peterson seguía aquel diálogo con interés, aunque comprendía poca cosa.

Inhalé el humo del cigarrillo y dije:

—Se acabó la comedia, Muriel. Estás atrapada.

Ella continuó sonriendo.

—Te debieron de dar un buen golpe en la cabeza —murmuró—. Tus frases son poco coherentes.

—Tú eres la persona que saca beneficio de toda la suciedad que hay por estos lugares, Muriel. Tú eres quien da las órdenes a Catham, a Randall, a Bill Degarmo, a Rube Alloran y a todos los demás; la que trafica con mujeres, con drogas, la dueña de Maison Doré, la que dicta las sentencias de muerte contra los que suponen un peligro para ti; la que trajo a esos dos pistoleros para que me liquidasen; la que paga a los ahogados y soborna y compra influencias cuando ello es necesario.

Muriel se puso a aplaudir sin borrar la sonrisa de los labios.

—¡Bravo, Alan! ¡Ha sido un discurso de un magnífico efecto! Puedo

asegurártelo. Hasta el juez Peterson se ha impresionado. Lástima que nada de ello sea verdad.

—¿Por qué no te quitas ya la máscara, Muriel? No vas a ganar nada con proseguir la representación de tu papel. Lo tienes todo perdido.

—¿Qué te pasa, Alan? ¿Fue el golpe o es que has bebido algo más de la cuenta?

—Intenta otra cosa.

—Se me ocurren muchas, pero sólo te voy a hacer una pregunta: ¿de dónde has sacado eso de que yo soy la persona que dices?

—Empecé a sospecharlo esta noche en la Maison Doré. Me habíais considerado como un enemigo de cuidado y os empeñasteis en borrarle del mapa. Vuestro primer intento fracasó porque Chips O'Malley

se puso en medio; luego, los tuyos probaron suerte otra vez cuando abandoné el club de Randall. También fallaron porque anduve más rápido que ellos —hice una pausa—. Tú y yo nos encontramos en el local de Catham y nos pusimos a hablar. Me propusiste ir a Los Angeles contigo y a mí no me pareció mal la idea. Entonces dijiste que necesitabas ir al tocador, pero no fue allí donde fuiste, sino a ver a Vaughan que estaba por allí. Le diste una contraorden. Me preferías más vivo que muerto. Sólo necesitabas que yo diese mi brazo a torcer y me alejase de la ciudad. Por eso se te ocurrió la idea de que me diesen quince mil dólares. Era una tentadora oferta, pero yo la rechacé. La actitud de Randall, Catham y Degarmo al hacerme la proposición inició mis sospechas. Sabía que Catham había sido algo importante para ti. El me había visto bailar contigo y en sus ojos vi reflejado no solamente el odio que sentía por mí, sino los celos.

El rostro de Muriel era inexpresivo y Peterson seguía de pie escuchando.

Hice un gesto vago con la mano en el aire.

—De todas formas, aquello no eran más que simples indicios. Sabía que Vaughan era uno de los peces gordos de la organización, pero como hombre de cultura me podría ser más asequible. Decidí visitarle.

—¿Cuándo te vas a cansar de soltar estupideces? —rugió Muriel.

Proseguí imperturbable:

—Fui a ver a Vaughan con ánimo de hacerle cantar. Logré meterle

el miedo en el cuerpo y conseguí de él lo que quería, aunque luego se me pusieron las cosas feas cuando aparecieron tus pistoleros asalariados. Peleé con ellos y conseguí hacerme dueño de la situación. Vaughan resultó muerto en la refriega.

—En tal caso, lo que te dijese no podrá tener ninguna validez legal —dijo ella.

—Exacto. Pero da la casualidad de que hizo su confesión por escrito.

Metí la mano en el bolsillo y saqué la cuartilla en la que yo mismo había garabateado. Leí en voz alta:

—«Muriel Shannon ordenó la muerte del teniente Alan Stone. Los pistoleros mataron casualmente a Chips

O'Malley

».

Hice una pausa y levanté la mirada explicando:

—Está la fecha y la firma de Vaughan.

Di la vuelta a la cuartilla y se la exhibí. Ella la miró unos instantes y vi cómo su pecho se agitaba embravecido.

—¡Maldito seas, Alan!

Abrí su bolso y yo salté del sillón, pero nos separaban unas cuantas yardas y antes de que me pudiese lanzar sobre ella me encañonó con una pequeña pistola.

—¡Quieto, Alan!

Me quedé inmóvil.

Peterson jadeó a mis espaldas:

—¿Qué hace, señorita Shannon?

—Ya lo ve. Pararle los pies a este estúpido polizonte.

Sus ojos brillaban como carbunclos, febriles, excitados.

—Randall tenía razón —murmuró entre dientes—. Debí dejar que te levantasen la tapa de los sesos.

Sonreí a pesar de que no era un momento muy propicio para mí.

—Si no me la levantaron fue porque no pudieron. ¿Necesito recordártelo, encanto?

—Se me ablandó el corazón cuando te vi en la Maison Doré. Eras el único hombre que me había interesado y que no me había hecho caso. Imaginé que podría solucionar el problema que tú nos creabas, llevándote conmigo. Te alejaría de la ciudad y al propio tiempo te tendría junto a mí.

—Si me hubieras conocido mejor, habrías sabido que yo no me podría marchar sin dejar las cosas en su punto.

—Van a estar en su punto antes de lo que te imaginas.

—¿Sí? ¿Y de qué forma las vas a arreglar?

—Vaciándote este cargador en el estómago.

—¿Delante del juez?

Peterson dio un paso hacia adelante.

—¡No puede hacer eso, Muriel!

—¿Por qué no, juez?

—Sería un asesinato.

—Le felicito por su descubrimiento —murmuró irónicamente ella—. Pero lo voy a hacer de todas maneras.

Peterson se pasó la mano por la sudorosa frente y sacudió la cabeza.

—¡Será su perdición, Muriel! ¡Guarde otra vez la pistola en el bolso y entréguese!

—Es usted a veces muy gracioso, Peterson. Alan Stone va a morir y todo quedará como antes; mejor dicho, con una pequeña diferencia: usted, Peterson, sabrá ahora quién es el jefe, pero seguirá guardando silencio y obedeciendo mis órdenes.

—¡Yo jamás he obedecido sus órdenes, Muriel! —protestó Su Señoría—. Es cierto que en algunos casos sobre los que he tenido que dictar sentencia he tenido que soportar presiones de personas con influencia, pero jamás he accedido a hacer algo por dinero ni he tratado de amparar el crimen.

—Pues ahora lo hará usted, juez —dijo Muriel.

—¿Piensa que si mata a Stone voy a callarme?

—Es exactamente lo que va a hacer, Peterson. Yo voy a liquidar a Stone y usted guardará silencio.

—¡Está loca si piensa que yo voy a hacer una cosa así!

Muriel sonrió haciendo una mueca y su rostro fue muy distinto al que yo estaba acostumbrado a ver. El cinismo y la crueldad eran los dueños de su alma.

—Escuche, juez. Usted no va a perder nada con esto, todo lo contrario, va a ganar mucho. Usted nos ha hecho favores sin haberlos cobrado; a partir de hoy la cosa cambiará. Recibirá su dinero en cantidades que usted no ha podido ni siquiera soñar. Es ya viejo y el día menos pensado tendrá que retirarse. Oí decir al doctor Watson que estaba muy bajo de tensión. Apuesto a que si se

marcha a pasar el invierno a Florida su corazón se lo agradecerá.

Muriel dejó correr unos segundos y luego prosiguió:

—En cuanto a lo de Stone, no va a haber ninguna complicación. El ha dicho que Vaughan murió mientras peleaba con mis hombres. Quizá sea verdad, pero voy a retocar un poco la historia. Stone mató a Vaughan y luego vino aquí para cargárselo a usted. El motivo será bien simple. Usted y el fiscal han provocado su salida del Departamento. Stone encajó mal el golpe y juró vengarse de ustedes. Por eso asesinó a Vaughan y a continuación le hizo la segunda visita a usted; pero afortunadamente yo venía aquí esta noche para discutir cierto asunto y cuando él se disponía a disparar contra usted, le metí un par de balas en el cuerpo. —Hizo una pausa, sonriendo triunfalmente—. ¿Qué le parece, juez? ¿Verdad que quedó bonita?

—Tiene un pequeño fallo —dije yo.

—¿De veras? ¿Cuál?

—Que antes de venir aquí conté todo a un periodista.

—Es una invención tuya —objetó ella.

—Se trata de la pura verdad. Apreté los dientes con rabia.

—No te creo una palabra, pero aunque fuese así, con ello no conseguirías más que una cosa, que muera otro hombre, ese periodista al que se lo has contado.

—Por lo visto el matar a una persona más o menos no es nada que te inquiete.

—Me costó mucho trabajo llegar a lo que soy, y ahora que lo he conseguido lucharé por lo que es mío.

—No es tuyo, pequeña. Todo lo que tú tienes pertenece a la comunidad. Se lo robaste a ella, a todos los miembros que la componen.

Se oyó un chasquido lejano y unos pasos resonaron fuera.

De pronto aparecieron en el despacho el alto y el bajo, los dos pistoleros. Ahora sólo iba armado uno, el gordito. El otro mostraba en la mano una llave maestra, con la que acababa de abrir la puerta de la calle.

Ambos tenían los trajes sucios con manchas de sangre y en sus caras estaban las huellas de mis puños.

El rechoncho dijo:

—¿Llegamos a tiempo, señorita Shannon?

—Muy a tiempo —corroboró ella.

Aquello se estaba poniendo cada vez más difícil para mí. Tenía que ganar tiempo y lo intenté.

—¿Cómo consiguieron escapar? —inquirí.

—Fue cuestión de labia, señor Stone. Convencimos a los chupatintas de que usted era el asesino de Vaughan. Tuvo su oportunidad de mandarnos al otro mundo y no lo hizo. Eso es lo malo que tienen ustedes los polizontes. Aparentemente son duros, pero en el momento en que hay que sacar a relucir las agallas, se ablandan como la margarina.

—Un estupendo discurso, barril de grasa.

No le gustó mi dedicatoria y arrugó el ceño.

—Te crees un héroe, ¿eh? —dijo.

Me estaba jugando la vida a cara o cruz, pero no tenía más remedio que hacerlo. Todo consistía en que se decidiese a apretar el gatillo de una vez o a castigar mi impertinencia, provisionalmente, para rematarme después.

Si hubiese sido un novato habría hecho fuego sin pestañear, pero por fortuna para mí era un profesional, un tipo que se ganaba la vida honestamente liquidando a sus semejantes.

Dio un paso hacia mí y luego otro. Yo lo esperé tranquilo. De pronto movió la pistola hacia la derecha y cruzó el aire. Me golpeó con el cañón en la barbilla. Era un golpe estudiado, algo que debía de haber hecho muchas veces.

Sentí un terrible dolor que me invadió en ondas el cerebro y me desplomé creyendo que iba a perder el conocimiento.

Me puse de rodillas y tanteé hacia la derecha. Toqué el brazo del sillón y me volví ligeramente. Ladeé la cabeza con los ojos cerrados, dando la impresión de que el dolor no me dejaba abrirlos. Localicé a los tres. Muriel arrojó su pistola al tipo alto mientras decía:

—Terminad el trabajo vosotros. No quiero mancharme con su sangre.

Pusieron un silenciador en sus armas con movimientos rápidos.

Bien; era el momento.

Mi mano acarició la pistola que había escondido en el sillón. Puse el dedo índice en el gatillo y todavía con la cabeza inclinada hice un movimiento como si fuese a caer de nuevo y abrí los ojos y la boca. Ellos debieron de creer que indudablemente iba a desmayarme.

—Espera —dijo el gordito—. Es un segundo, Stone, y te morirás completamente tranquilo.

Moví rápidamente la mano y empecé a hacer fuego una y otra vez. Una bala para cada uno. Dos, tres, cuatro, cinco, seis proyectiles. Tres para cada uno era mucho mejor. Vi cómo se estremecían cada vez que un insecto de plomo les mordía la carne.

Primero pusieron una cara de sorpresa y luego abrieron los ojos espantados, dejaron caer las pistolas y se fueron desplomando a cámara lenta.

El delgado soltó un chorro de sangre por la boca y quedó inerte. Su amigo emitió un ronquido mostrando solamente el blanco de los ojos, como dos huevos duros, e inició su postrer viaje.

CAPÍTULO XII

La atmósfera de la habitación quedó envuelta en humo. —¡Dios mío!— exclamó el juez, y se dejó caer en un sillón.

Yo me levanté mirando a Muriel. Estaba inmóvil con las manos rozando los muslos. Su belleza era ahora apacible, serena. Permanecimos un rato en silencio. —Ganaste— dijo al fin.

—Yo no, la ciudad.

—¿Sigues con tus ideas?

—Vale la pena luchar por ellas cuando se tiene fe. En aquel instante cargaron contra la puerta que daba acceso a la casa.

Peterson seguía sin moverse en el sillón, apoyada la cabeza en el respaldo.

Irrumpieron en el despacho el capitán Brady, el fiscal Williams, el joven Curtis y unos cuantos policías.

El fiscal se quedó boquiabierto viendo los cadáveres y preguntó:

—¿Qué ha pasado aquí?

No quería ser yo el que contestase a aquella pregunta y lo hizo por mí Peterson.

—La señorita Shannon ha confesado. Es ella quien está por encima de Catham, Degarmo, Randall y toda la pandilla.

Williams levantó los ojos hacia Muriel estupefacto.

—¿Usted? —murmuró.

La joven se encogió de hombros diciendo:

—Todo hubiese salido bien —clavó sus grandes pupilas en mí y añadió—: A no ser por un bastardo polizante.

Brady dijo:

—Sáquenla de aquí, muchachos, y llévenla a una celda. Me responden de ella con su cabeza.

Muriel salió de la estancia erguida, altiva como una diosa.

Yo entonces tiré la pistola sobre un diván y me pasé el dorso de la mano por la barbilla.

Me di cuenta de lo enormemente cansado que estaba.

Brady me palmeó la espalda.

—¡Al fin te saliste con la tuya!

—Supongo que sí.

—Menos mal que lo has terminado pronto. Estaba temiendo que me llenases la ciudad de cadáveres.

Sacudí la cabeza mientras distendía los labios en una amarga sonrisa y eché a andar.

Nadie me detuvo. Salí fuera y en la calle miré al cielo lleno de estrellas. La brisa me acarició la cara y me hizo mucho bien.

Sentí que una mano me cogía por el brazo y al volverme vi a mi lado a Curtis.

—Le felicito, señor Stone —dijo— Ha hecho un estupendo trabajo.

—Gracias. Tú tampoco lo hiciste mal.

Se miró las puntas de los zapatos avergonzado.

—Lo mío no tuvo importancia —declaró—. Sólo me limité a seguir sus instrucciones.

—Ya fue bastante.

—Ahora me tiene que perdonar. Voy corriendo a la Redacción. Va a ser mi primer artículo y se lo deberé a usted, señor Stone.

—Te deseo mucho éxito.

—¿Quiere que diga algo especial en su nombre?

Dirigí una mirada retrospectiva a las casas de enfrente, aquellas casas que formaban parte de mi ciudad. Negué con la cabeza.

—No, nada especial; pero sí quiero decirte algo a ti.

—¿Qué es, señor Stone?

—Que escribas siempre la verdad sea cual fuere, ocurra lo que ocurra.

Le tendí la mano y cambiamos un apretón. Luego él echó a correr hacia el edificio del *Guardian*.

Me puse a andar sin rumbo fijo, casi inconsciente.

Aquella noche salvaje había llegado a embotar mis sentidos. No me di cuenta del tiempo que estuve andando, pero de pronto volví a la realidad al ver que se estaba haciendo de día y que me había alejado de la ciudad.

Consulté mi reloj y vi que faltaban cuarenta minutos para que saliese el autobús de Columbus.

Di media vuelta rápidamente y empecé a retroceder.

Me dirigí directamente a mi apartamento, me lavé un poco y me cambié de traje. Cogí la maleta y en pocos minutos metí toda la ropa dentro de cualquier forma. Luego la cerré y salí. Eran las siete

menos doce minutos.

Salí a la calle principal. Un poco más allá se ubicaba la estación de autobuses y el que yo debía coger estaba preparado para iniciar el viaje. Algunos pasajeros subían a ocupar sus asientos.

De pronto, desde la otra parte de la calle vi venir a Peterson, a Williams y al capitán Brady.

Me quedé quieto esperándoles.

Ellos tampoco se debían de haber acostado a juzgar por su aspecto.

Se detuvieron frente a mí. Ninguno de ellos se atrevía a hablar. Por fin, Peterson tosió suavemente y dijo:

—Ya no es necesario que se vaya, Stone.

—Claro que no —corroboró el fiscal—. Usted cumplió con su obligación. Tiene que perdonarnos, Stone. Estábamos un poco ofuscados.

—¿Usted cree?

—Desde luego —dijo—. Tiene que comprenderlo, teniente. El cargo que ocupo yo o el de Peterson, no es tan fácil como la gente cree. Estos roces entre nosotros pueden ser frecuentes, pero jamás se debe buscar en ellos mala intención. Hemos pescado a Randall, a Degarmo, a Catham... Estamos de enhorabuena.

Se hizo un nuevo silencio y ahora miré a Brady.

El capitán se rascó una oreja con la mano izquierda y dijo:

—Vamos, muchacho. Ten ánimo.

—Lo tengo.

Sonrió y se metió la mano en el bolsillo. Cuando la sacó abrió la palma y mostró mi insignia.

—Anda, cógela. Es tuya otra vez.

Miré aquella placa. Era mía y la había llevado muchos años. Era como si formase parte de mi carne y de mi sangre, un trozo más de mí mismo. Sólo tenía que alargar la mano y cogerla para ser otra vez el teniente Stone.

Permanecimos así un rato, inmóviles los cuatro. Tuve que cerrar los ojos para rechazar el impulso y cuando los abrí era otra vez fuerte. Miré sus caras otra vez una a una.

Negué con la cabeza.

—No, amigos. No puede ser.

—¿Por qué no? —preguntó Brady.

—Yo seré el mismo siempre y, tarde o temprano entre nosotros se

podría provocar una nueva situación como ésta. Ustedes en el fondo estarían temiendo que les buscara nuevas dificultades —hice una pausa y señalé la placa—. Dénsela a otro que no sea de mi barro.

Dejé correr unos segundos y ellos continuaron su silencio.

Brady cerró la mano sobre la insignia y metió el puño en el bolsillo.

—Adiós y buena suerte —dije.

No sé si estaban demasiado emocionados, pero no contestaron a mi despedida y yo di media vuelta y me dirigí hacia el autobús.

El revisor estaba llamando a dos pasajeros rezagados. Iba a subir cuando de pronto una voz gritó mi nombre.

—¡Alan!

Volví la cabeza y vi a Crys que venía corriendo por la acera.

Saltó a la calzada y se echó en mis brazos sollozando.

Yo dejé caer la valija en el suelo y la abracé fuertemente contra mi pecho. Levanté su cara y la besé en la boca.

El revisor dijo:

—¡Ustedes! Terminen ya de una vez que nos vamos.

Separé mis labios de los de Crys y le dije:

—Hasta la vista, pequeña.

—¡No, Alan!

Inició una sonrisa suave, feliz, y añadió:

—Me voy contigo.

—Eso no puede ser. Estoy sin trabajo, con sólo unos cuantos dólares en el bolsillo.

—Me da lo mismo. Ahora lo sé todo. El capitán Brady me lo contó.

Lo que me dijiste por teléfono es falso. Sólo temías que te matasen.

—¿Y tu carrera?

—Lo he mandado todo al diablo. Ahora solamente somos tú y yo...

Nada nos podrá separar, Alan.

Aquella era mi chica, la que yo quería.

El empleado dijo de nuevo:

—¿Es que van a estar ahí toda la mañana? ¡Suban o partimos sin ustedes!

Cogí la valija, apreté contra mí a Crys y subimos al autobús.

Atrás había dos asientos libres. Apenas los ocupamos, el coche se puso en marcha.

Besé de nuevo a Crys en la boca y de pronto me acordé de algo.

Miré hacia el lugar del que nos alejábamos cada vez más deprisa.

Allá estaban el fiscal, el juez y el capitán de policía. Los tres permanecían inmóviles siguiendo con la mirada el autobús, y a ellos les dejaba ahora una ciudad limpia de basura, de la que podrían estar orgullosos.

Una ciudad por la que me había jugado la vida, y a la que no regresaría jamás.

FIN



Keith Luger era uno de los seudónimos de Miguel Oliveros Tovar, nació en La Coruña el 17 de marzo de 1924. Su padre, Juan Oliveros Bueno, capitán del cuerpo de sanidad militar, y su madre, Presentación Tovar Rivas, eran de la provincia de Granada, de Ojiva él y de Salobreña ella. En la fecha indicada, el padre estaba destinado en la ciudad gallega donde permanecieron hasta que el niño cumplió los tres años. El siguiente destino paterno fue Melilla y, cuando Miguel era ya un adolescente, llegaron a Valencia.

Estudió el bachillerato en el instituto «Luis Vives». Terminado con brillantez, pasó a la Universidad, donde fue un aventajadísimo estudiante de Derecho. Los cinco cursos de la carrera los hizo en tres años. Jura como abogado el 10 de febrero de 1949. Ejerció como tal algunos años. En las tarjetas que distribuía a sus clientes, además de su nombre, podía leerse: «abogado criminalista».

Durante esta época encontró tiempo para preparar oposiciones al ayuntamiento valenciano. Las aprobó y llegó a jefe de negociado.

Miguel Oliveros publicó, entre agosto de 1953 y julio de 1972, las últimas fueron póstumas, novecientas quince novelas (915) de los géneros: oeste, policial, ciencia-ficción y rosa.

Otro seudónimo fue el de «Miguel Romano» (para novelas rosas) o

el de «Bronco Mike» (para la editorial argentina Trébol).